

Selección



BURTON HARE

LAS BRUJAS DE COMFTOCK



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

247 —La doble vida de John Parr, *Clark Carrados*

248 — Club para gente encantadora, *Lou Carrigan*

249 — La noche del diablo, *Burton Hare*

250 —La roja sed del vampiro, *Curtis Garland*

251 — «Shock», *Clark Carrados*

BURTON HARE

LAS BRUJAS DE C0MFTOCK

Colección
SELECCION TERROR n.° 252
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 54-02-02506-4
Depósito legal: 38,323 1ª 77
Impreso en España —Printed in Spain
1ª edición: diciembre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.
Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. *A.***
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona —1977

CAPITULO PRIMERO

Señorío de Kilwood, 1790.

La masa rugía, enardecida. Los heraldos acababan de leer, con voz tonante, la sentencia, y los guardias, con sus alabardas y uniformes vistosos, apenas alcanzaban a contener la multitud, enfebrecida por la malsana curiosidad de la muerte. La curiosidad morbosa de un espectáculo que les estremecía.

En el centro de la plaza se alzaba la enorme, pira, de cuyo centro surgía el grueso poste al que estaban fijadas las argollas de hierro.

La horda desharrapada gritaba en todos los tonos. Los heraldos se retiraban, y, a su paso, la multitud volvía a cerrarse, compacta, apretujándose hacia adelante ansiosos de ver el espectáculo lo más cerca posible.

En el balcón del palacio aparecieron el condestable, algunos nobles, y el señor de Kilwood, que paseó su mirada despreciativa sobre aquella horda vociferante.

Hizo una mueca de disgusto, y una señal perentoria.

Poco a poco la multitud calló. Las voces fueron extinguiéndose hasta caer, en la plaza, un silencio absoluto.

Ese silencio permitió oír el rechinar de las ruedas de la carreta que era tirada por dos bueyes y escoltada por soldados de Kilwood. Sus cascos brillaban al sol poniente y de las puntas de sus lanzas parecían desprenderse chispazos de luz.

En la carreta, una mujer alta, erguida, cubierta por una especie de sayal negro, se aferraba a las maderas con sus manos sujetas por grilletes.

No levantó la cabeza hasta que la carreta atravesó el muro de estremecidos espectadores. Entonces alzó la mirada y sus ojos serenos parecieron flotar sobre toda aquella masa que la miraba a su vez, casi babeando de excitación.

Movió su orgullosa cabeza y la negra capucha de! sayal se deslizó hacia atrás, dejando al descubierto una larga cabellera, negra como ala de cuervo. Su hermoso rostro estaba sereno, y conservaba las huellas de los sufrimientos padecidos, de las torturas que quebraron su entereza, allá, en las mazmorras del señor de Kilwood.

De repente, una voz bronca rugió:

—¡A la hoguera!

Se alzó un clamor.

—¡Mala bruja!

—¡Quemadla!

—¡Quemad a toda su maldita raza, a todos los Comftock!

—¡Que ardan tocios ellos!

Los rugidos se hicieron unánimes, pero no consiguieron alterar la helada expresión de aquel rostro torturado y sereno a un tiempo, ni empañar la mirada segura de unos ojos negros y fulgurantes.

La carreta se detuvo y la mujer sacada de ella a empellones. Cayó de rodillas y dos guardias la levantaron con brutalidad, obligándola a subir sobre la pira.

La sujetaron con las argollas por los tobillos, las muñecas y el cuello. Tras esto, saltaron al suelo.

Cuatro guardias más se aproximaban, trayendo antorchas encendidas.

La mujer les miró. Un leve temblor recorría su cuerpo de arriba abajo.

Volvió a producirse el fenómeno del silencio mientras los cuatro hombres de las antorchas se colocaban alrededor de la pira.

Entonces, la voz de la sentenciada a tan horrible muerte se alzó seca, vibrante y firme como el toque de un clarín:

—¡Yo os maldigo, miserables! —gritó—, ¡A todos, y a la estirpe de los Kilwood hasta el fin de los tiempos! ¿Me oyes, Kilwood, perro? ¡Maldito tú, y tus hijos, y los hijos de tus hijos!

El aludido se estremeció, enrojeciendo de cólera. El silencio era ahora tan denso como melaza, y todas las miradas se habían alzado hacia el balcón.

Los cuatro guardias de Kilwood, armados de antorchas, esperaban la señal para prender la hoguera.

El señor de Kilwood levantó el brazo. Su rostro estaba congestionado por la cólera más absoluta.

—¡Quemadla! —bramó.

Y bajó la mano como si descargara un tajo con un hacha.

Las cuatro antorchas cayeron en la parte inferior de la pira, allí donde se amontonaban grandes manojos de espinos resecos.

Las llamas rugieron y crepitaron, alzándose como lenguas vivas del infierno. Prendieron en la leña seca, y lamieron los troncos más gruesos que coronaban la pira.

Así llegaron al sayal negro, que empezó a arder. La mujer tenía los ojos cerrados y el cuerpo tenso como un cable de acero.

Ahora las voces de aquella turba sedienta de sangre y emociones eran quedas, contenidas, lodos temían distraer su atención del atroz espectáculo.

En lo alto del balcón, el señor de Kilwood, y sus nobles acompañantes, miraban el espectáculo sin delatar emoción alguna. Sólo el condestable parecía un tanto afectado.

Era un hombre que se consideraba a sí mismo harto delicado, y ver quemar viva a una mujer de gran belleza le revolvía el estómago.

Las llamas llegaron al cuerpo de la condenada y todo él sufrió una violenta contracción.

Un humo denso, acre, se alzaba de la hoguera.

Los largos cabellos de la mujer comenzaron a arder. En el balcón, Kilwood barbotó entre dientes:

—¡Vamos, grita, maldita, grita ahora...!

El fuego culebreaba ya, por toda la piel del cuerpo torturado, que se debatía entre salvajes contracciones de dolor. Pero sus labios estaban apretados, y sus ojos no se habían abierto en ningún instante.

Luego, el hedor de carne quemada dominó todo lo demás. La mujer tensó el cuello, echando la cabeza atrás, con tanta violencia, que golpeó con la nuca el madero al que estaba sujeta. Desorbitó los ojos al fin, unos ojos enloquecidos por el horrendo sufrimiento.

Sin embargo, aún barbotó:

—¡Maldito tú, Kilwood, y tus hijos... y los... los hijos de tus hijos... para siempre jamás!

Ese nuevo insulto a su señor, hizo que la multitud prorrumpiera, ahora, en maldiciones contra la bruja que ardía, retorciéndose. Una llamarada prendió, de golpe, en todos sus cabellos y en unos instantes el cráneo quedó renegrido, pelado y humeante. El cuerpo se relajó, ardiendo como una tea. El hedor se hizo insoportable y los espectadores más próximos a la pira empezaron a retroceder, volviéndose de espaldas a la hoguera, tosiendo, ahogándose.

El balcón del palacio del condestable estaba desierto por completo.

Ahora, la visión del horrendo despojo ardiente era algo que producía náuseas. Ya no era un cuerpo humano, sino un pedazo de carne abrasada que se desprendía a trozos, mientras los troncos más gruesos ardían entre chasquidos, crujidos y humo denso y negruzco.

Las gentes murmuraban:

—No se ha quejado ni una sola vez..., no ha gritado.

—Sólo para maldecirnos a todos.

—Era una bruja… ¡Que el diablo la lleve!

Así fueron abandonando la plaza, los habitantes de la cual habían cerrado, a cal y canto, puertas y ventanas para que aquel hedor apestoso y nauseabundo no se les colara en sus viviendas.

En torno a la pira sólo quedaron los guardias con sus alabardas, aunque ellos también habrían preferido alejarse de ese horror. Bruja o no bruja, resultaba un espectáculo atroz como ninguno podía imaginarse.

Nadie se fijó en el oscuro bulto que quedaba acurrucado bajo los soportales. Era una mujer extraordinariamente vieja, envuelta en negros harapos que la cubrían de la cabeza a los pies.

Sólo los ojos de la anciana eran visibles por entre los pliegues de la capucha. Unos ojos viejos de mil años, fulgurantes y extraños, que no se apartaban ni un instante de aquella cosa renegrida que seguía consumiéndose en lo alto de la pira.

No se movía en absoluto. Diríase que era una sombra inerte más de las que anidaban en los soportales de la plaza.

Los guardias se impacientaban. Deseaban largarse cuanto antes a las tabernas, donde podrían comentar la muerte de la bruja, entre jarra y jarra de vino.

Sin embargo, se quedaron esperando las órdenes. La pira era ya sólo una enorme brasa. Se produjo un seco crujido y los guardias miraron sobresaltados cómo el grueso poste que había sostenido a la ejecutada se balanceaba, con la base consumida por las llamas, hasta que se derrumbó entre un surtidor de chispas.

La vieja acurrucada en los soportales se levantó, entonces. Era de pequeña estatura, encorvada. Caminó despacio hacia la más cercana esquina y allí hubo de detenerse porque temió que las piernas no podrían sostenerla.

Una vocecita que temblaba, susurró junto a ella:

—¿Qué tienes, no sabes andar?

Se volvió. Un chiquillo pálido y macilento, vestido con sucios harapos, la miraba con sus ojillos vivos y asustados.

—¿Quién eres tú, pequeño? —balbució la vieja.

—Jonas, hijo de Benny Jackson.

—Vete a casa, no deberías estar aquí, viendo esta cosa terrible.

—Dice madre que matar a las brujas no es malo.

La vieja cerró un instante los ojos. Quizá para evitar que de ellos brotaran lágrimas.

Intentó caminar otra vez, pero apenas se sostenía.

El chiquillo propuso:

—Yo soy fuerte. Ayudo a mi abuelo. Apóyate en mi y podrás andar.

—Si te viera la gente…

—No hay nadie. Todos están en sus casas.

Ella aún titubeó. Luego, sin fuerzas, apoyó la mano en el escuálido hombro del pequeño

y ambos empezaron a andar hacia la salida del pueblo.

Dejaron atrás las casas y la mujer se detuvo.

—Vuelve a tu casa, hijo. Has sido bueno conmigo…

—¿Podrás andar?

—Si, ahora sí. Ya me siento mejor.

—¿De veras?

—Sí, sí; ¡vete!

—Perú ¿dónde vives? Nunca te había visto…

—Allá…

Un dedo sarmentoso asomó por entre los jirones de su miserable vestimenta, señalando el oscuro bosque.

El chiquillo no comprendía.

—¿Dónde? —insistió.

—En Comftock.

Y se alejo con pasos inseguros.

El pequeño la siguió con la mirada, boquiabierto.

¡Comftock! Recordó retazos de conversaciones oídas a los mayores.

En Comftock toda la gente era mala, y allí vivían las brujas.

De pronto le entró un gran miedo y, dando media vuelta, echó a correr hacia el pueblo hipando y sollozando. En su imaginación infantil le perseguían una legión de brujas, trasgos y demonios, de horrendo aspecto…

CAPITULO II

La vieja entró en la oscura choza dando traspiés y fue a sentarse en una banqueta. Ardía la lumbre y el resplandor de las llamas era la única luz de aquella miserable vivienda.

Junto a la lumbre, una mujer se levantó.

—¿Ya? —susurró.

—Sí —dijo la anciana.

—¿Cómo…?

—No gritó. Sólo maldijo.

El rojizo resplandor del fuego alumbró la cara de la mujer. Era enjuta, llena de arrugas.

No habló, sólo se quedó allí, de pie, mirando al encorvado bulto de la vieja.

—Ve ahora —dijo ésta—. Los guardias se habrán retirado, y los malditos hombres y mujeres del pueblo estarán encerrados en sus casas. Nadie te verá.

—Sí, mam.

Tomó una pequeña arqueta de metal oscuro. Las paredes de barro estaban llenas de estantes, sobre los que había infinidad de frascos y retortas.

Cuando llegaba a la puerta oyó murmurar a la vieja y se volvió;

—¿Qué dices, mam?

—Maldigo a los Kilwood. Quemaron a mi hija, y ahora a mi nieta. Tienen que sufrir en su carne tanta muerte hasta el fin de su estirpe.

—Así será —susurró la otra.

Y salió.

La vieja se acercó a la lumbre, tomó un pedazo de tizón encendido y, con él, prendió el cabo de una lámpara de aceite.

Un gato negro se desperezó en un rincón y fue a restregar el lomo contra las sayas de la anciana. Esta le acarició distraídamente las orejas.

Estaba ensimismada mirando la danza de las llamas, viendo en su imaginación otro fuego. Murmuraba sin cesar.

De la repisa de la chimenea empezó a descender una araña, suspendida de su etéreo hilo sedoso. La vieja la miró unos instantes y luego, de pronto, la atrapó delicadamente con dos dedos huesudos.

Salió fuera de la choza llevando en la otra mano la mortecina lámpara.

A ambos lados de la puerta crecían unas plantas de largos tallos, hojas anchas y hermosas flores. Las hojas que rodeaban cada flor eran abarquilladas, formando como pequeños embudos coronados de finos hilos oscuros.

La vieja introdujo la araña en una de esas hojas. Inmediatamente, la planta carnívora cerró los hilos y todo el tallo se estremeció ligeramente.

La vieja volvió al interior y fue a sentarse cerca del luego. El gato negro se tumbó a su lado, bufó buscando una posición cómoda y se quedó dormido.

Casi al alba regresó la otra mujer. Entró, y se quedó mirando a la anciana dormida.

—¿Mam? —susurró.

—Te oigo. ¿Lo trajiste?

—Sí.

—¿Te vio alguien?

—Nadie.

Casi con unción, depositó la arqueta de metal oscuro a los pies de la vieja, delante de las rojizas brasas que ella avivó para reanimar el fuego.

La anciana tomó la arqueta y la sostuvo en las manos unos segundos. Luego alzó la lapa.

El interior estaba casi lleno de negras cenizas.

Hundió las puntas de los dedos en ellas. Estaban tibias aún y, por unos instantes, pareció acariciarlas.

Con voz quebrada, gruñó:

—¡Traza el círculo!

La otra apartó la mesa. En el suelo había unas gran des losas de piedra, y sobre éstas trazó un gran círculo con un pedazo de tiza blanca.

—Las velas negras —le ordenó la anciana.

—Sí, mam.

Buscó cuatro grandes velones dé cera negra y los fijó en el centro de la circunferencia, encendiéndolos a continuación.

De la cera emanó, pronto, un extraño y denso perfume, como de sándalo. La vieja se apoderó de una tiza, negra esta vez, y fue a arrodillarse sobre el borde del círculo blanco. Sosteniendo la tiza con las dos manos, fue inclinándose poco a poco hasta tocar el suelo con la

frente. De sus labios resecos brotaba una queda y monótona cantinela incomprensible.

La otra mujer se arrodilló, también, detrás de la anciana. Como en trance fue doblándose lentamente hasta quedar tendida de bruces, los brazos extendidos hacia adelante y las manos rígidas, engarfiadas como garras.

La vieja comenzó a trazar extraños símbolos con la tiza negra. Signos cabalísticos, siniestros, dentro del círculo blanco.

Los dibujaba sin mirar, puesto que su rostro continuaba apretado contra la piedra. No cesaba de murmurar.

Cuando al fin levantó la cabeza clavó la mirada en los signos que había dibujado. Su cara se contrajo.

Extendió las manos y barbotó una sombría melopea. Su voz cascada fue afianzándose por instantes, mientras todo su esquelético ser se erguía. Diríase que, incluso, aumentaba de estatura.

La otra se estremecía presa de feroces convulsiones. Era como si el sonido de la siniestra voz de la vieja la azotara, como si sonoros latigazos lacerasen su piel.

Repentinamente, las llamas de los velones negros saltaron hacia arriba, vivas, más rojas que nunca, agigantándose de un modo inexplicable.

La vieja tendió las manos hacia ese fuego silencioso. Las llamas eran, ahora, casi tan altas como ella, rectas, rojas y vivientes.

Al fin, sin un titubeo, colocó sus manos como retorcidos sarmientos en medio de las cuatro llamas. El fuego envolvió su piel semejante a pergamino viejo. Crepitaron un instante y al fin, tan bruscamente como cuando habían saltado hacia arriba, se redujeron a su tamaño normal, chisporroteando al extremo de cada vela.

La mujer retrocedió, al tiempo que la otra se levantaba. Esta se quedó mirando las manos tendidas de la vieja.

En aquella piel arrugada y sarmentosa no había el menor rastro de quemadura. No estaba siquiera chamuscada.

—¡Mam! —susurró.

—Ahora puedo, ahora sí. Ha llegado el fin de los malditos.

—¿Cómo vas a...?

—Donde más les duela. No es su muerte lo que quiero, sino su dolor.

Tomó la arqueta, murmurando:

—Hasta el fin de los tiempos..., pero los tiempos serán distintos y nosotros ya no estaremos aquí.

—Entonces, ¿qué?

Sin responder, la vieja tomó una bolsa de gamuza, de un estante, y volcó su contenido sobre la rústica mesa. No eran más que un puñado de bolitas negras de pequeño tamaño.

Irisadas, parecían de metal, sólo que eran algo muy distinto.

La otra observaba, fascinada. La vieja tomó aquellas bolitas negras y las sostuvo entre sus manos, cerrando éstas como si quisiera estrujar su contenido. Aquellas manos a las que las llamas de los velones no habían siquiera lastimado.

—La venganza y el odio —musitó, como en trance—, destruirán las generaciones venideras de los Kilwood hasta que se extinga su maldita raza; hasta que su nombre sea olvidado.

—¿Y los que viven, ahora? —indagó la otra, temblando.

—Esos sufrirán el odio en sus carnes.

Volvió a arrodillarse ante los velones y, como en una ofrenda, colocó de nuevo las manos sobre las llamas, abriéndolas y salmodiando sin cesar. El fuego culebreó, envolviéndole las manos y lamiendo las extrañas bolitas negras no mayores que un guisante.

Cuando se apartó fue hacia la arqueta y, muy despacio, vertió dentro lo que iba a ser la simiente del odio y la destrucción.

Revolvió las bolitas hasta que hubieron desaparecido cubiertas por las cenizas, único despojo de aquella mujer que había ardido en la hoguera.

Cerró la arqueta y, con pasos solemnes, se fue a un rincón, abrió un rústico armario y la guardó dentro.

Entonces se volvió hacia la otra mujer que la miraba fascinada y murmuró:

—El odio germinará a través del tiempo. El odio que nos sobrevivirá a nosotras, por generaciones, hasta cumplir el designio fatal de la venganza.

Tras un silencio, la otra mujer preguntó:

—Pero mam, ¿quién sembrará la semilla del odio, cuando nosotras hayamos muerto?

—Un niño. El es el único que vivirá, por cien años, de todos los malditos habitantes de Kilwood. Irás a buscarlo cuando yo te lo diga. Se llama Jonas y es el hijo de Ben Jackson.

Merece vivir —terminó, sombría.

—Le buscaré, mam.

—Aún no..., primero los Kilwood deben sufrir, en sus carnes, nuestra maldición.

—¿Cuál de ellos?

La vieja rechinó sus pocos dientes. Una llama roja pareció reverberar en sus pupilas y, entre dientes, chirrió:

—Kilwood no ama u nadie. Es todo instinto y suciedad. Pero adora a su hija —cloqueó con una especie de risa demencial, diabólica, y añadió, rotunda—: ¡Ella será la primera!

—¿Y cómo, mam?

—La cañada… así sabremos si el odio puede matar.

La otra se estremeció. Por un instante, pareció como si fuera a protestar, o a recabar más detalles sobre aquel espanto.

Luego abatió la cabeza y sólo murmuró:

—Sea como tú ordenas, mam.

Y abandonó la choza.

La vieja se quedó junto al fuego, ensimismada en sus sombríos pensamientos.

Dominándolos a todos, refulgía el recuerdo del fuego, y de su nieta abrasándose sin una queja.

El señor de Kilwood, sin sospecharlo, había abierto las puertas del infierno.

CAPITULO III

La dama dirigió su mirada triste hacia el hombre corpulento. El señor de Kilwood resopló, impaciente.

—Me cansas —dijo con fastidio—. Tú y tus historias.

—No me quejo por mí, lo sabes bien, sino por Lorelay.

El se volvió, mirándola, echando chispas.

—¿Qué quieres decir con eso, qué tiene que ver mi hija en tus celos absurdos?

—Nuestra hija —rectificó la dama—. Quiero decir que ya no es una niña, y que hasta ella llegan rumores. Las lenguas de los sirvientes llevan veneno y tú lo sabes. Y la envidia, y el rencor…, todo ese veneno salpica ya sus oídos. Y tú has sabido sembrar rencor a manos llenas.

—Deja los sermones, mujer Les cortaré la lengua a quienes… Mejor, les cortaré la cabeza —gruñó, furioso—. ¿Qué le han dicho?

—Deberías saber cómo son estas cosas. No se trata de decir una cosa concreta, sino de sembrar el veneno de la duda, del escándalo…

—¿Y…?

—Dicen que mandaste quemar a la bruja Comftock porque no pudiste…, ya sabes. Dicen que la mandaste torturar para quebrar su resistencia a tus bajos apetitos carnales…

—¡Cállate! Debería mandar que te azotaran a ti, sólo por prestar oídos a ese veneno.

La dama desvió la mirada.

—Hazlo, si con ello consigues acallar las voces de tus siervos.

—¡Malditos sean!

—Antes no eras así… y algún día, escúchame bien, Reginald…, algún día las voces llegarán hasta el rey.

El barbotó un juramento y aproximándose al ventanal se quedó allí, mirando el parque que se extendía en torno al palacio. La luz del crepúsculo doraba las hojas de los robles y tamizaba la visión del mundo de miseria que se extendía más allá de los muros que protegían la hermosa residencia.

Sin volverse barbotó:

—No vuelvas a hablarme jamás así, mujer, o no respondo de mí.

—Habrás de cerrar muchas más bocas, además de la mía.

El giró sobre los pies cual si le hubiera mordido una serpiente. ,

—¡Las cerraré! —rugió—. Les cortaré la lengua antes de colgar a todo aquel que murmure de su señor.

Ella suspiró. En aquel instante, alguien llamó a la puerta y una sirvienta entró.

Estaba tan pálida, que la dama la miró intrigada.

—¿Qué ocurre, Gertie?

—Lorelay, señora...

El señor de Kilwood dio un salto, apartándose del ventanal. -—¿Qué ocurre con mi hija? —tronó.

—No está en palacio, señor.

El se puso rojo. Después palideció y sus ojos adquirieron una mirada salvaje.

—¿Qué significa eso? ¡Ella jamás sale de palacio sin escolta y sin permiso!

—La he buscado, señor. Y he preguntado a los sirvientes. Ninguno la ha visto en toda la tarde. Unos creían que estaba en el estanque, otros que... Quiero decir, señor, que nadie se inquietó hasta que yo empecé a indagar.

El señor de Kilwood no podía creerlo. Aquello era inaudito. Salió de la estancia rugiendo órdenes y maldiciendo a medio mundo.

Media hora más tarde, había comprobado, por sí mismo, que Lorelay no estaba en ninguna parte.

Al fin, una doncella recordó haberla visto más allá del estanque, paseando en compañía de un ama, aunque no podía recordar cuál era ésta porque no se había fijado en ella.

Reginald Kilwood estaba como loco. Vociferó órdenes tajantes y, en unos minutos, todas las amas de compañía de su hija, sus preceptores y sirvientes, estuvieron reunidos en el salón de los tapices.

Sólo que ninguna había acompañado a Lorelay en aquel paseo más allá del estanque, a pesar de que la sirvienta insistía en que las viera muy bien.

La alarma había cundido por todo el palacio. Los guardianes registraban el parque, los jardines y dependencias, palmo a palmo.

Cuando cerró la noche, el señor de Kilwood supo que, realmente, su hija había desaparecido, y de un modo harto misterioso.

Entonces se inició la búsqueda fuera de palacio. Hombres con antorchas, se desparramaron en grupos, y en todas direcciones escoltados por guardias.

A medida que pasaron las horas creció la inquietud y el

desasosiego. A media noche nadie dormía en Kilwood. Los habitantes del pueblo habían sido sacados a la fuerza de sus casas, armados con antorchas y lanzados a rastrear, palmo a palmo, toda la comarca.

No fue hasta el alba, que llegaron las primeras noticias.

Lorelay Kilwood había sido localizada.

Reginald Kilwood se precipitó al enorme zaguán del palacio, donde aguardaba el mensajero, uno de los guardias del palacio.

—¿Dónde estaba; se encuentra bien? —le espetó.

El guardia no lo sabía. Un compañero suyo le había transmitido un recado con orden de traerlo, cuanto antes, a palacio.

El señor de Kilwood estaba fuera de sí. Ordenó ensillar su caballo, y estaba calzándose las espuelas cuando su esposa le interpeló.

El dijo, gruñendo:

—No sé nada, excepto que la han encontrado. Recibirás noticias, tan pronto yo conozca su estado y lo sucedido.

Montó a caballo, hundió cruelmente en él las espuelas y salió al galope, escoltado por cinco de sus guardias.

La dama se quedó en la poterna, viéndoles alejarse al tiempo que el día levantaba las sombras y mostraba un cielo gris, oscurecido por las nubes de tormenta.

Se le antojó un mal presagio.

Ciertamente, la tormenta estalló antes que su esposo y su hija estuvieran de regreso.

Brillantes relámpagos cruzaban las nubes, y el retumbar de los truenos estremecía la tierra a cada instante, mientras un diluvio se desplomaba, inexorable, cual si quisiera convertir el mundo en un barrizal.

La dama no se apartaba del ventanal de su estancia. Siempre había temido al trueno y el relámpago, pero esta vez sus temores se dirigían en otra dirección y, a pesar de que cada estallido le producía un sobresalto, desafiaba sus aprensiones y seguía en la ventana, esperando..., esperando...

Cuando, al fin, vio materialmente a lo lejos las oscuras siluetas de los guardias a caballo, como fantasmas brotados de la cortina de lluvia, su corazón palpitó lleno de espanto, porque en el paso cansino de la comitiva, en su actitud derrotada bajo la lluvia, presintió la tragedia.

A medida que fueron aproximándose distinguió otros detalles, y, ciertamente, entonces ya no le cupo ninguna duda.

El propio señor de Kilwood, chorreando agua, cabalgaba hundido

sobre la silla, el cuerpo balanceándose sobre el corcel, como un muñeco sin fuerzas.

Y entonces descubrió las parihuelas y lanzó un grito, echando a correr hacia las escaleras.

Descendió a saltos, casi cayéndose.

En el zaguán se arremolinaba la servidumbre, apretujándose. Ella los apartó a empellones y se precipitó a la lluvia; al parque convertido en un lago, por el aguacero.

Sus gritos hicieron que el señor de Kilwood levantara la cabeza. Y al verle el rostro, la dama se detuvo en seco como si hubiera tropezado con un muro.

Porque su esposo no era el mismo que partiera sólo unas horas antes. Ese rostro que ahora veía, era el de alguien que ha visto los horrores del infierno, y ha podido huir para contarlo.

Parecía haber envejecido cien años en ese breve instante que estuvo fuera de palacio.

Sus ojos expresaban horror, y desconcierto, y un dolor inmenso, el mismo dolor que roía su corazón como los dientes de un lobo.

Ella no podía apartar la mirada de aquel rostro torturado, pero al fin, con un grito agudo, se precipitó hacia las parihuelas que sostenían cuatro guardias. Dos o tres capotes de esos mismos guardias, cubrían el cuerpo que se adivinaba debajo.

El señor de Kilwood, rugió;

—¡Detenedla! ¿No me oís? ¡Sujetadla, que no la vea!

Tras el primer titubeo, las duras manos de los guardias sujetaron a la dama, apartándola de la comitiva. Ella gritó y se debatió, pero cuando las zarpas la soltaron, la comitiva entraba ya en palacio.

El agua escurría a lo largo de sus cabellos, casi cegándola. Entró estremecida de espanto, empavorecida por el significado que pudiera tener aquella metamorfosis sufrida por su esposo.

Estaban subiendo la camilla a las dependencias superiores, a los aposentos de su hija.

El señor de Kilwood caminaba como si no tuviera fuerzas para sostenerse, detrás de los cuatro guardias. Había apartado a las damas y doncellas que habían servido a su hija, y, cuando entraron en el aposento principal, ordenó dejar las parihuelas en el suelo y sólo él se quedó allí, rígido, la cabeza abatida, hasta que entró su esposa.

Esta vez, fue él quien la sujetó brutalmente cuando la dama intentó, de nuevo, descubrir el cuerpo oculto bajo los capotes.

—¡Apártate de aquí! —barbotó.

—¿Por qué? También es mi hija.

El señor de Kilwood vaciló. Todo su rostro se contrajo como si ios tormentos del infierno ardieran en sus entrañas.

—Porque...

Su voz se ahogó.

La dama le miraba, casi delirante.

—Está muerta, ¿verdad, Reginald? ¡Está muerta!

—Sí.

—Entonces..., entonces tengo derecho a verla, a llorarla. ¿Es que también quieres robarme este último consuelo, no tienes bastante con todo el daño y el dolor que me has causado a lo largo de tantos años?

El la miró con mirada torva. Era increíble la transformación sufrida por aquel rostro duro y sombrío.

De repente, furioso, atrapó los capotes que cubrían el cadáver de su hija y, de un tirón, los arrojó a un lado.

La dama bajó la mirada sobre su hija.

Dio tal grito, que pareció el toque de un clarín. Luego, ahogándose, se desvaneció.

Cayó al suelo hecha un ovillo, tan de repente como si la hubiera alcanzado un rayo.

El señor de Kilwood la miró como si no la viera. No se alteró un sólo músculo de su atormentado rostro.

Luego, despacio, como si una fuerza superior a su voluntad le obligase a mirar los restos de su hija, ladeó la cabeza y un sordo gruñido escapó de su garganta.

Lo que yacía en las parihuelas apenas si conservaba la forma de un ser humano. Era un conjunto de carne desgarrada, blanca como la leche, porque en aquel cuerpo no quedaba una gota de sangre.

Profundos cortes dejaban el hueso al descubierto en cualquier parte del cuerpo. Cortes que habían abierto las carnes como hechos con afiladas cuchillas. Los miembros estaban atrozmente retorcidos, cual si una fuerza colosal los hubiera estrujado hasta quebrarlos.

Pero lo más espantoso era el rostro, de cuyos rasgos apenas quedaba nada. Era una masa semejante a pulpa blancuzca en la que faltaban los ojos. En contraste con la blancura escalofriante del resto del cuerpo, lo que fuera un cara hermosa y juvenil tenía un sórdido tinte azulenco, casi amoratado.

Al fin, el padre de aquellos despojos se volvió de espaldas a ellos, tomó los empapados capotes y volvió a cubrir lo que quedaba de su hija.

Luego, sin un gesto hacia su esposa retorcida en el suelo, se hundió en una silla y ocultó el rostro entre las manos.

Pareció como si el tiempo y la vida se hubiesen detenido. No podía pensar siquiera, sólo evocar en su mente aquella imagen de horror absoluto. Era como si, de pronto, se sintiera vacío por dentro; un cuerpo que no tuviera vísceras ni órganos, sólo una gran masa de dolor.

Pasó más tiempo y la dama empezó a rebullir, gimoteando como un gatito. El hombre no se movió. Era incapaz de hacerlo, sumido en su tortura. No había amado, jamás, a nada ni a nadie como no fuera justamente a esa niña. Todo su orgullo, todo su egoísmo se desvanecían en lo que tocaba a su hija. Incluso en su compañía olvidaba sus bajas pasiones, su lujuria sin freno, su crueldad...

Y ahora, todo lo que quedaba de aquella hija estaba allí, desgarrado, destruido por algún poder infernal, porque que él supiera no existía un animal capaz de tanta crueldad insana, diabólica.

—Reginald...

La voz, como un balido, le hizo volver a este mundo.

La dama gimoteó:

—¿Qué ..., qué...?

—No sé qué le ha sucedido. Nadie puede saberlo.

La dama empezó a llorar, al fin. Su rostro atormentado se inundó de lágrimas.

Y así pasaron las horas, lentas, eternas.

Mortales.

CAPITULO IV

El condestable y el capitán de los guardias llegaron casi al mismo tiempo. El duelo y la tristeza planeaban sobre el palacio del señor de Kilwood de una manera casi tangible.

Mientras esperaban a su señor, el capitán dijo:

—Para mí, señor condestable, eso no es cosa de este mundo.

—Sí que es un misterio, capitán. Y los rumores comienzan a extender el pánico en el pueblo. Ya ha desaparecido un niño, y todos están seguros que le ha sucedido lo mismo que a Lorelay Kilwood.

—¿Un niño?

—De pocos años. Hijo de un bracero; nadie importante. Pero la alarma ha cundido y las madres encierran a sus hijos en las casas. El miedo es contagioso, capitán.

—Sí, lo sé.

—¿No parece que el señor de Kilwood no quiera recibirnos? Nunca acostumbra hacer esperar a sus visitantes.

—Debe estar en la tumba.

—¿Dónde? —se sobresaltó el condestable.

—En la tumba de su hija. Va allí todos los días, y permanece ante ella, inmóvil, durante horas. Es como una estatua de piedra.

—Comprendo...

Se oyeron, de pronto, pasos pesados. Los dos hombres se volvieron en redondo para ver entrar a su señor.

Sólo que el condestable apenas le reconoció, porque el señor de Kilwood parecía un viejo de cien años, macilento, arrugado y apagado.

—Caballeros... ¿Qué ha encontrado, capitán?

—Nada señor, ni un rastro. Y hemos reconocido el terreno pulgada a pulgada a partir del lugar donde encontramos a... este... a...

—Mi hija.

—Sí, señor. Ni huellas de animales ni de personas, señor. Ni siquiera las de Lorelay.

—La lluvia debió borrarlas. Seguid buscando.

El capitán saludó y se fue marcialmente.

El señor de Kilwood se volvió hacia el otro hombre.

—¿Condestable?

—Señor... Ya ha empezado, tal corno imaginé.

—¿El miedo?

—Sí. Y ha desaparecido un niño.

Reginald Kilwood se estremeció.

—¿De quién?

—De Ben Jackson, un bracero. Pero ha sido suficiente para que la gente pierda la serenidad. Por otra parte, hay varios casos de una extraña enfermedad que los médicos dudan en diagnosticar, de modo que entre unas cosas y otras, el pánico está presente en el pueblo.

—¿Creéis que a ese niño desaparecido le ha sucedido lo mismo que a mi hija?

—La gente piensa que sí, señor. Han organizado la búsqueda, rastrean el terreno, pero hasta ahora sin resultado. Y hay algo más, señor.

—¿Aún más?

—Ya sé que son cosas del populacho, de las turbas, pero he creído que debíais saberlo...

—¡Acabad!

—Dicen que todo eso es la venganza de las brujas de Comftock, señor.

Reginald Kilwood emitió una especie de rugido ahogado.

—¡Quemamos la última que quedaba! ¿Qué es lo que quieren ahora?

—Temo para mí, señor, que lo que en verdad quieren es arrojar a todos los de Comftock para quedarse con sus tierras, sus casas y sus bienes. Todos sabemos que apenas quedan algunas viejas inofensivas y algún que otro anciano allí. No obstante...

—Les daremos gusto —rechinó Kilwood.

—¿Cómo, señor?

Una chispa diabólica pasó por los ojos del hombre todopoderoso.

—Si había brujas jóvenes, también lo serán las viejas. Y los viejos. Ordenad que los traigan a todos a Kilwood para ser juzgados.

El condestable se estremeció.

—Señor...

—¡Obedeced!

Aún titubeó el condestable. En esos momentos habría dado con gusto su cargo a otro cualquiera.

Pero inclinó la cabeza y abandonó el palacio.

La idea de que el terrible sucedido pudiera ser obra de las gentes

de Comftock se le había ocurrido a él mucho antes. Sólo que el señor Kilwood no creía en brujas, ni trasgos ni demonios con cuernos y rabo, aunque fomentaba esas creencias como fomentaba en sus siervos el terror a la religión, porque todo ello ayudaba, en gran manera, a mantenerles sumisos y obedientes.

Les daría a las brujas de Comftock, carnaza para sus instintos, para que se cebaran en ellos sus terrores.

Había pasado un mes desde la espantosa muerte de su hija. En todo ese tiempo sus relaciones con su esposa no habían mejorado poco ni mucho. Es más, el señor de Kilwood la despreciaba cada día más. Una mujer gimoteante, que no cesaba de llorar, que sufría súbitos desmayos y no menos súbitos ataques de histeria...

No era digna de los Kilwood, a pesar de que él también sentíase como fuera de este mundo.

Quizá por eso, cuando esa tarde ella penetró en el gran salón de los tapices donde su esposo se había refugiado, ni siquiera la miró.

La oyó aproximarse a él con pasos lentos y quedos.

—Reginald...

Su voz tenía una tonalidad densa, extraña.

—¿Qué quieres, mujer?

—Hay algo que debes saber.

—¿De ti?

—Sí.

—No me interesa.

—A pesar de eso, debes saberlo. Voy a tener un hijo.

El señor de Kilwood creyó que no había oído bien.

Ladeó la cabeza poco a poco y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué dijiste? —gruñó.

—Voy a tener un hijo. Estoy encinta... de dos meses.

Se levantó poco a poco. La cabeza le daba vueltas.

—¿Estás segura? —jadeó.

—Sí, Reginald.

Se quedó mirándola, incrédulo, mientras algo se agitaba en medio del marasmo de dolor que era su alma.

Y de pronto barbotó:

—Será una hija. Se llamará Lorelay, mujer;

Ella tembló.

—Como tú digas.

—Ahora vete a tu cuarto. Enviaré al médico esta misma tarde. Quiero que te cuide todo el tiempo… que cuide de mi hija.

Ella abatió la mirada. No dijo nada. Sólo se volvió hacia la puerta y salió. Cuando estuvo al otro lado, con la puerta cerrada a sus espaldas, estalló en amargo llanto.

Reginald Kilwood se quedó mirando la puerta.

Una luz de consuelo se había encendido en las tinieblas de su dolor y su odio. Tendría una hija. Quizá todo volviera a ser como fuera en el pasado… O no.

La llegada del condestable casi cuando ya era noche cerrada, le sorprendió, indignándole. A esas horas jamás permitía que nadie viniera a turbar su intimidad y su dolor.

No obstante, le recibió.

La cara del condestable estaba lívida y preocupada.

—¿Qué sucede, condestable? Sabéis que no admito extraños.

—Señor, era preciso…

—¿Por qué?

—Los viejos de Comftock han desaparecido. Comftock está abandonado.

—¿Estáis seguro?

—Yo mismo fui a comprobarlo, señor. Se han ido, han huido más bien, puesto que han dejado atrás todos sus enseres. No debieron llevarse más que lo puesto. Hasta sus animales quedaron vagando entre las chozas.

El señor de Kilwood arrugó el ceño, perplejo.

—¿Cuándo creéis que se fueron?

—Hace días, señor.

—Temieron mi justicia cuando supieron que mi hija… ¡Malditos! ¿Será cierto que ellos fueron los responsables de tanto horror? ¿Por qué no se me ocurriría antes arrasarlos a todos…?

—He ordenado que traten de descubrir qué camino siguieron, señor.

—Bien, condestable.

—Volveré tan pronto me informen, y…

—¿Tenéis algo más que decir? Es ya muy tarde.

—Sólo que, de los enfermos de que os hablé, tres han muerto. Y otros han enfermado,

y. del niño de Ben Jackson no se ha encontrado ningún rastro. Quiero decir, señor, que entre unas cosas y otras, el pánico se extiende

entre las gentes.

—Calmadlos. Como sea. Y decidles que si me obligan a intervenir, les calmaré a latigazos. Deben atender al trabajo, porque después de las pasadas lluvias las cosechas no esperan.

—Sí, señor.

—Tenedme informado, condestable.

—Así lo haré, señor.

Reginald Kilwood subió a su aposento. Rechinaba los dientes. Un niño desaparecido, una extraña enfermedad señoreando por el pueblo y las gentes asustadizas dedicándose a todo, menos a su trabajo.

Y las brujas de Comftock...

Esa era otra.

Maldijo entre dientes.

¿Dónde estarían todas aquellas viejas y viejos que habían poblado las chozas de los robledales?

¿Sería cierto que...?

Pero no. Supersticiones, tonterías, la estupidez de las turbas era lo que alimentaba el temor a las brujas.

Aquella misma noche, el condestable llegó a palacio despavorido.

Y con él trajo la horrenda noticia.

Ya sabían qué mataba a las gentes enfermas, qué las enfermaba una detrás de otra...

LA PESTE.

CAPITULO V

Kilwood Manor, 1890.

El trueno retumbó como la descarga de una batería de cañones. Los cristales de las ventanas vibraron y una mujer, en alguna parte, no pudo contener un grito.

Simón Kilwood mordisqueó el cuello de su pipa, sentado ante la lumbre.

—Tendremos tormenta —dijo.

—Nada menos este fin de semana, con todos aquí —se quejó su esposa.

—Jugaremos al bridge en lugar del criquet —decidió una muchacha que leía un libro, más allá de Simón Kilwood.

—Para ti no existen los problemas, querida —rió la señora—. Envidio tu juventud.

—No es usted tan vieja, tiíta.

Se echaron a reír. Desde la puerta, una voz exclamó:

—¿Alguien ha contado un buen chiste?

—Entra, Jack. Espero que a ti no te asusten los truenos.

—Me molestan —dijo Jack Kingsey, acercándose a la lumbre y extendiendo las manos hacia las llamas—. Como me molestan los ruidos violentos,

—¿Y a quién no? ¡Oye, muchacho...! ¿Dónde dejaste a Lorena?

—Creo que fue a empolvarse la nariz.

El joven aproximó una butaca y se hundió en ella con un suspiro de bienestar. Encendió un cigarrillo y comentó:

—De todos modos, la tormenta estropeará el fin de semana. Esos rayos y truenos no auguran nada bueno.

—Eso mismo dije yo —cloqueó la señora Kilwood.

Como si el negro firmamento quisiera darles la razón, otro trueno retumbó, más violento si cabe que el anterior.

Un hombre joven entró resueltamente.

—¡Vaya concierto! —exclamó—. Estoy impaciente por proteger a alguna dama asustadiza. ¿No eres asustadiza, Angela?

La muchacha levantó sus hermosos ojos del libro y arrugó el ceño.

—No me asusto fácilmente, Herbert —le espetó—.

Y en caso contrario, no te pediría a ti protección.

—¿Qué tengo de malo?

Simón Kilwood rió entre dientes.

—Todo, sobrino —dijo con ironía.

—¡Oh, vamos!; no empieces a calumniarme tú también, tío.

Jack Kingsey expelió el humo hacia el techo. Sus ojos oscuros miraron un instante al joven recién llegado y no pudo disimular un gesto de disgusto, pero no formuló ningún comentario.

Kingsey era un individuo alto, de aspecto recio y rostro curtido. De sus facciones, más bien rudas, parecía desprenderse como un caudal de energía, que se concretaba en el firme mentón.

En contraste, el joven Herbert Kilwood era delgado, y su rostro carecía por completo de energía. Más bien revelaba una cierta disipación y debilidad.

En el ventanal chispeó la luz de un relámpago. En el mismo instante, una mujer chilló más allá de la puerta.

Todos se levantaron de un salto, porque aquel grito contenía todo el terror del mundo.

Jack Kingsey corrió a grandes zancadas hacia la puerta, seguido de Angela, los esposos Kilwood y en último lugar el joven Herbert.

En el centro del gran vestíbulo, una muchacha ataviada con un hermoso vestido de noche miraba, despavorida, hacia la ventana, mientras apretaba los puños contra su boca.

Jack exclamó:

—¿Qué ocurre, Lorena; qué te asustó?

—¡Allí…!

—¿La ventana?

—¡Sí, sí!

Kingsey se acercó a los cristales. El exterior era negro como la tinta y no distinguió nada, más allá de donde alcanzaba el resplandor de la luz de gas.

—¿Qué fue lo que viste? Aquí no hay nadie.

—Una cara… ¡Oh, santo cielo! Era una cara horrible…

—No hay nadie ahí fuera, y menos en una noche como ésta. ¿No habrá sido el relámpago lo que te asustó?

La habían rodeado, solícitos. Su madre la enlazó por los hombros tratando de calmarla.

Ella sacudía la cabeza con obstinación.

—¡Estaba allí, mirándome! —insistió.

—Pero ¿quién?

—No lo sé... parecía una máscara vieja, infinitamente vieja y arrugada. Apenas tenía cabellos, sólo unos mechones largos y blancos que le caían, lacios, como... como deben ser los cabellos de los muertos.

—Vamos, vamos, Lorena, tranquilízate —susurró su madre.

Angela estaba al lado de Jack Kingsey.

—¿Crees que ha visto algo en realidad, Jack?

—No lo sé. Ya sabes que es muy asustadiza.

Otro relámpago recortó, con su luz, el rectángulo de la ventana. El trueno que le siguió pareció ir a derrumbar la casa.

Entre todos calmaron a la muchacha, regresando al salón donde ardía la lumbre en la chimenea.

La señora Kilwood se aseguró de que su hija estuviera tranquila y después anunció que se iba a la cocina, donde la cocinera, probablemente, estropearía la cena a causa de su nerviosismo, porque temía a los relámpagos tanto como al demonio.

Cuando hubo salido, Lorena murmuró:

—Tenéis que creerme... vi ese rostro espantoso allí, mirándome con unos ojos como brasas...

Jack Kingsey refunfuñó:

—Saldré a dar un vistazo. Quizá haya algún vagabundo rondando la casa.

—¡No salgas, Jack! —exclamó Lorena—. Tú no sabes la maldad que había en aquellos ojos...

Herbert dejó escapar una risita.

—No impidas a tu caballero que demuestre que es un héroe, primita. El está deseándolo.

Kingsey le miró con gesto sombrío. Se contuvo, no obstante, y sin más comentarios salió de la estancia.

Nadie habló una palabra durante un buen rato. Los truenos sonaban cada vez más lejos y espaciados, y en los intervalos entre uno y otro quedaba un silencio espeso, tenso, en el que sólo se oía el leve crepitar de las brasas.

Al fin, Simón Kilwood exclamó, nervioso:

—¿Qué estará haciendo ese muchacho? Me parece que tarda demasiado.

Nadie replicó. Todos comenzaban a sentir la tirantez de sus nervios.

No sabían cuanto tiempo había pasado desde que Jack saliera del salón, aunque les parecía que mucho, cuando el joven regresó.

A juzgar por la ceñuda expresión de su cara, algo andaba mal.

No obstante, Herbert quiso gastar una de sus bromas.

—¡Mírenlo, el héroe! —cacareó—. ¡Ha visto el fantasma!

—He visto huellas de pies al pie de la ventana, así que deja de hacer el payaso, Herbert.

Alguien estuvo espiando a Lorena.

Esta dio un respingo.

—¡Os lo dije!

Simón Kilwood gruñó:

—¿Estás seguro, Jack?

—Completamente seguro. Hay ese parterre de tierra blanda en torno a toda la casa; tierra recién cavada. Bueno, las huellas están ahí, claras y profundas.

—Podrían pertenecer al jardinero. Justamente cavó el parterre en torno a la casa hace un par de días. Dijo que iba a plantar no sé qué clase de flores para el invierno, una variedad nueva. La verdad es que no le entendí muy bien, pero sí estuvo cavándolo…

—No pertenecen al jardinero, señor —dijo Jack, con calma—. He visto las huellas de las botas del jardinero. Están también muy claras. Son unas botas grandes, viejas v con tacones muy gastados. En cambio, las huellas de la ventana son de pies pequeños, calzados con unos zapatos muy raros. Parecen huellas de mujer.

—Querido Jack —graznó Herbert—, creo que le estás poniendo mucha fantasía a tu aventura. ¡Una mujer espiando a través de la ventana en una condenada noche como ésta!

—Yo no dije que fuera una mujer. De cualquier modo, si no me crees sal ahí fuera y compruébalo por ti mismo.

Herbert carraspeó y se abstuvo de replicar esta vez.

Tampoco salió, por supuesto.

Lorena dijo con voz quebradiza:

—Si se tratara de una mujer, Jack, debería tener cien años por lo menos. ¡Aquella horrible máscara…!

—Sea como fuere ya no está allí. Di un buen rodeo, alejándome de la casa hasta más allá del establo. No vi a nadie por ninguna parte.

—Sería un vagabundo —sentenció Simón Kilwood.

Y eso cerró el tema.

Poco después anunciaron la cena y todos se reunieron en torno a

la mesa, mientras la única sirvienta de la casa se esmeraba en servir, aún nerviosa por los recientes relámpagos.

Cuando todos se retiraron a sus habitaciones, el amago de tormenta había cesado por completo.

El matrimonio Kilwood también se encerró en su dormitorio, sólo que entonces ninguno de los dos conservaba su imagen de placentera bonachonería.

La señora Kilwood masculló tan pronto se hubo cerrando la puerta:

—Te dije que no debías invitar a esa muchacha, Simón.

—¿Angela Lawton?

—Angela, sí.

—¿Qué pasa con ella? Vino porque es amiga de Lorena. En realidad, fue la propia Lorena quien dijo que le gustaría que viniera.

—Debemos ser nosotros quienes decidamos quién ha de venir a nuestra casa y quién no. ¿Es que no te has dado cuenta de cómo mira esa chica a Jack Kingsey?

Kilwood se volvió en redondo.

—¿Quieres decir que ella y él...?

—El no sé, pero Angela Lawton está enamorada de Jack.

—Puede que todo sean figuraciones tuyas, querida.

—¡Qué figuraciones ni qué...! Hay que advertir a Lorena que se muestre más afectuosa con él. Es preciso que le entre en la cabeza que esto no es un juego, sino nuestra supervivencia.

—Mañana hablaré con ella —gruñó Simón, fastidiado.

—Métele en la cabeza que es nuestra última oportunidad. O se casa con él y podemos disponer así de su fortuna, o ya puede prepararse para dejar la vida a que está acostumbrada. Dile que incluso nos veremos obligados a vender Kilwood Manor y las tierras que lo rodean... A ver qué le parecería abandonarlo todo, para encerrarse en un oscuro y pestilente piso en Londres, y no precisamente en los barrios elegantes.

—Eso tampoco me gustaría a mí —refunfuñó Simón Kilwood, sombrío.

—Pues de ella depende. No volverá a presentársenos una oportunidad como ésta en todos los días de nuestra vida.

La mujer se enfundó en un grueso camisón de dormir y se metió entre las sábanas.

Cuando su marido se le unió aún dijo:

—Si Herbert no fuera un estúpido botarate, podría ocuparse de

esa Angela, que el diablo confunda. Pero ella es inteligente, se ha dado cuenta de la clase de individuo que es nuestro sobrino y le desprecia.

—No puede contarse con Herbert más que para su vida de parásito elegante. En cuanto a Jack Kingsey… No sé, es un hombre muy seguro de sí mismo. Pienso que incluso casándose Lorena con él, las cosas no sean tan fáciles como tú imaginas. Esa clase de hombres no son fáciles de dominar.

—Hay muchas maneras.

—No con él. Cuanto más le trato, más seguro estoy de que no hay nadie capaz de dominarle. Lo ha demostrado levantando esa fortuna de las ruinas que le legó su padre.

La mujer dijo entre dientes:

—Bueno, querido, quizá no podamos manejarlo..

—¿Entonces?

—Pero Lorena puede heredarle, ¿no te parece?

Simón dio un respingo y un chispazo pasó por su mirada aguda.

—Comprendo —murmuró—. Estás en todo, querida.

Apagaron la luz, aunque les costó dormirse esa noche.

Tenían muchas cosas en que pensar.

Habrían tenido más aún, si hubieran podido ver, en medio de las tinieblas del jardín, los ojos implacables que espiaban la casa.

Unos ojos en los que burbujeaba todo el odio del infierno.

CAPITULO VI

En su cuarto, Lorena Kilwood esperaba.

Había dejado encendida tan sólo una vela, y la tenue luz apenas alcanzaba más allá de la cama.

Al fin oyó el ligero roce en la puerta. Se estremeció bajo las mantas.

La puerta se abrió poco a poco, lo justo para permitir el paso de Herbert, que se coló pisando como un gato y cerrando después con el mismo sigilo.

Ella susurró:

—Creí que no ibas a venir.

—Debía esperar que estuvieran todos dormidos, linda.

Llegó a la cama y casi se echó encima de su prima para besarla apretadamente en la boca.

Ella le rodeó el cuello con los brazos. Permanecieron besándose hasta que les faltó el aliento, hasta que sus labios quemaron.

Ella susurró:

—Ven, Herbert.

El se irguió al lado de la cama. Estuvo mirándola unos segundos y luego dijo con voz queda:

—Apuesto que ya estás desnuda...

—Ganarías la apuesta.

Contuvo la risa viendo cómo la cara de Herbert se congestionaba. De pronto, él alargó las manos, atrapó las mantas y de un tirón las echó a un lado.

El remolino de aire que provocó apagó la vela, pero aún tuvo tiempo de ver el cuerpo rosado, adorable, maravillosamente desnudo, con los senos desafiantes apuntándole descaradamente.

Luego, la oscuridad.

—¡Maldita sea! —gruñó.

—¡Chisst! No levantes la voz, tonto.

—Espera que encienda la vela.

—¿Para qué? Sólo métete en la cama.

—Quiero verte tal como estás. Eres la chica más adorable de cuantas he conocido.

—¿Viste a muchas de ellas desnudas?

—Algunas.

—Eres un sinvergüenza, querido primo.

—Ya lo sé —rió él.

Tanteaba en busca de la vela. En la oscuridad, le dio un manotazo y la palmatoria y la vela cayeron al suelo con un golpe ruidoso y seco.

Lorena dio un salto en la cama.

—¿Qué haces? —jadeó—. Vas a despertar a todo el mundo.

Al fin echó mano de la vela y pudo encenderla.

Volvió a extasiarse en la contemplación de la espléndida belleza de Lorena. Sus ojos la recorrían con tanta intensidad, que ella sentía como una caricia física sobre su piel ardiente.

—Ven de una vez —susurró, estremecida.

—¿Tanta prisa tienes?

Se echó junto a ella, besándola, acariciándola, enloqueciéndola más y más a cada instante, hasta arrancarle un largo y profundo suspiro, como una queja contenida que era tensión y placer.

En aquel instante, la puerta se abrió y entraron Simón Kilwood y su mujer.

Herbert se volvió como una centella, sólo para quedar paralizado, lívido, y empezó a temblar.

Lorena se apoyó en un codo y se quedó mirándoles boquiabierta.

La señora Kilwood se puso roja.

—¡Puercos! —barbotó.

Simón avanzó rechinando los dientes. Volteó la mano y abofeteó una y otra vez a Herbert, implacable, con creciente ira.

—¡Tío, espera que...!

—¡Silencio! —jadeó Kilwood—, Si se despierta alguien más te mato.

Continuó cruzándole la cara sin parar, con una furia que crecía por momentos.

Lorena exclamó:

—¡Ya basta,, padre, no te consiento...!

—¡Cállate tú también! Después me ocuparé de ti, pero lo que le he dicho a este cerdo repelente te lo repito. Si Jack Kingsey despierta y se entera de esto, te mataré. ¿Lo oyes?

No me importa que seas mi hija. ¡Te mataré!

Ella apretó los labios. Por primera vez desde que tenía uso de razón, sintió verdadero miedo de su padre.

Sin embargo, fue su madre la que le cruzó las mejillas con dos bofetadas que la lanzaron dando tumbos al otro lado de la cama.

Las dos mujeres quedaron mirándose con salvaje frenesí.

Lorena acabó apartando los ojos de ella. Vio a Herbert acurrucado en el suelo, el rostro tumefacto y con sangre en la nariz. Miró a su padre, odiándole en esos momentos como no recordaba haber odiado jamás a nadie.

Simón Kilwood barbotó, conteniendo la voz:

—¡Vístete, Herbert, y vete a tu cuarto. Mañana terminaremos este asunto!

No perdió tiempo en vestirse. Se puso los pantalones, recogió el resto de sus ropas y salió disparado.

Sólo entonces Simón se aproximó a su hija. Lorena retrocedió hasta el otro lado de la cama, temblando asustada.

—¡Y tú, zorra!, ¿qué te has propuesto?

Ella no replicó. Sólo le miraba, lista para esquivar los golpes que estaba segura iban a caer.

—¿No podías haber dejado estas cosas para cuando todo estuviera solucionado, estúpida del demonio?

La miró de arriba abajo, desnuda como estaba. Pareció aturdido por unos momentos al verla de ese modo.

—¡Cúbrete por lo menos! ¿Es que ni siquiera tienes el decoro suficiente para respetarnos a tu madre y a mí?

Ella se deslizó, temerosamente, entre las mantas.

Su madre rechinó:

—¿Ni por un instante se te ha ocurrido pensar en lo que sucedería si Jack Kingsey llegara a descubrir tus… tus juegos con Herbert?

Por primera vez ella murmuró:

—Por lo menos, planteas el problema en sus justos términos.

—¿Qué quieres decir?

—Que el hecho de que me revuelque en la cama con mi primo no te preocupa lo más mínimo. Sólo que Jack pudiera enterarse.

—¡Maldita víbora!

Levantó otra vez la mano, encolerizada hasta el delirio.

Su marido la sujetó en el último instante.

—¡Cálmate! —susurró—. Yo mismo la azotaré, pero no ahora, cuando el menor ruido puede dar al traste con todo. Recuerda que Jack duerme al final del pasillo.

—Tienes razón. Pero esta insensata me ha hecho perder el control

de mí misma…

—Me ocuparé de que lo pague, y entretanto, perra, pobre de ti si por tu culpa Jack se vuelve atrás y perdemos su fortuna.

Ella apretó los dientes.

—Eso es lo único que te preocupa como a mamá.

La señora Kilwood apoyó la mano sobre el brazo de su marido, temerosa de que éste perdiera a su vez el control de su cólera.

—Déjalo ahora, Simón —musitó—. Estás demasiado alterado.

—¡Podría matarla! maldita sea! Después de todo lo que hemos hecho por ella, después de lo que nos costó encontrar a un hombre conveniente…

—Vamos, mañana habrá ocasión de hacer lo que sea preciso.

El le dio la espalda a su hija y, seguido de su esposa, abandonó el dormitorio.

Entre dientes, con voz semejante al chirrido de una sierra, Lorena masculló:

—¡Malditos… malditos…!

Cuando empezó a calmarse, no obstante, se dio en pensar con calma y llegó a la conclusión de que, en parte, había sido una estúpida, porque perder a un hombre tan rico como Jack Kingsey era la estupidez más grande que una mujer pudiera cometer en este mundo.

Con ese edificante pensamiento apagó la vela y se dispuso a dormir. Aunque también siguió pensando en Herbert, naturalmente.

CAPITULO VII

Habían terminado de desayunar y los dos hombres turnaban en la glorieta,

aprovechando el tibio sol de principios del otoño.

El cielo estaba azul y limpio de nubes. Del amago tormentoso de la noche anterior no quedaba el menor rastro.

Jack Kingsey comentó:

—Tienen ustedes un lugar hermoso, señor Kilwood.

—Estamos orgullosos de Kilwood Manor, Jack; verdaderamente orgullosos. Claro que es una propiedad pequeña en la actualidad. Hubo graves contratiempos económicos en la familia, en el pasado. Pero hubo un tiempo en que los Kilwood eran propietarios de todo lo que ahora es el condado. Fue una época de esplendor para nuestra familia.

—Lo creo.

—En aquel tiempo, mis antepasados poseían un palacio cerca del pueblo que aún lleva nuestro nombre. Es un pueblo rural, que también decayó. Por lo que yo sé, tuvieron mala suerte.

—¿Los Kilwood?

—Mis antepasados y los habitantes del pueblo. Los diezmó una epidemia de cólera, tan frecuente en aquellos tiempos.

—¿Alcanzó también a los Kilwood?

—Por lo que oí contar a mi abuela, la que fue señora de Kilwood entonces, mi abuelo sí murió con la epidemia. Nunca acabé de entender bien lo que la abuela explicaba de las desgracias que se abatieron sobre ellos, pero parece ser que el abuelo la obligó a precederle en el abandono del palacio, por temor a que ella también contrajera el cólera; lo que entonces llamaban sencillamente la peste. Mi abuela estaba encinta entonces. De modo que huyó del palacio, con la única compañía del cochero y de dos de sus sirvientas.

El abuelo nunca se le unió. Contrajo el cólera y murió.

—Podría escribir usted la historia familiar, señor Kilwood.

—Algunas veces lo he pensado... No crea, podría salpicarla con algunos episodios por demás chocantes y curiosos, de los que recuerdo que contaba la abuela. Episodios de brujería y cosas así, a lo que eran tan aficionados nuestros antepasados,

Jack sonrió.

—Su abuela debió ser una mujer excepcional.

—Créame que lo era. Sólo que a veces su hija, que era mi madre, naturalmente, la obligaba a callar porque temía que sus truculentas historias escandalizasen los tiernos oídos de un niño.

Los dos se echaron a reír.

Simón Kilwood encendió otro cigarrillo, el último del día antes de cambiarse a su pipa.

Paseó la mirada por el jardín, siguiendo los movimientos del jardinero que trabajaba en un arriate, podando unos arbustos.

Eso le recordó algo mucho más inmediato y exclamó:

—¿Qué opinas de las huellas que viste anoche al pie de la ventana, Jack?

—No sé qué decirle... Desde luego, no eran las huellas de ese hombre —dijo, señalando al jardinero.

—Entonces, no cabe duda de que alguien estuvo rondando la casa...

—Me parece que eso es seguro.

La llegada de la señora Kilwood les interrumpió. Obsequió con una sonrisa al joven Kingsey y luego preguntó a su marido:

—¿Contrataste un nuevo jardinero, Simón?

—¿Un jardinero nuevo? —miró hacia el que trabajaba en los arbustos y gruñó—: Debes ver visiones, querida. Es el mismo de siempre.

Ella sacudió la cabeza.

—No me refiero a ese, sino al viejo que está trabajando en la fachada de atrás.

Simón se enderezó, sorprendido.

—¿Otro jardinero? He de aclarar eso. Discúlpame, Jack.

—Voy con usted. Tengo ganas de dar un vistazo a ese bonito jardín.

Los dos hombres abandonaron la glorieta, y de paso Simón Kilwood llamó al jardinero.

—Escuche, Grayson. ¿Qué es eso de que hay otro jardinero esta mañana?

El hombre se tocó la gorra en un deslabazado saludo.

—No es nadie que deba preocuparle, señor Kilwood. Ya le hablé de que iba a plantar una nueva variedad de flores para el invierno, ¿recuerda? En invierno el jardín queda más bien triste, sin ninguna nota de color.

—¿Qué tiene que ver eso con el hombre que está trabajando ahí atrás?

—Precisamente él es quien me habló de esa nueva variedad. Me pareció interesante probarla. Es un anciano muy gentil, señor, y se brindó a sembrarlas él personalmente.

Simón vaciló. Si eso no había de costarle un sueldo extra, estaba bien.

—Iré a ver lo que hace —gruñó—. ¡Gracias,. Grayson!

Acompañado por Jack, rodeó la casa. Un hombre de pequeña estatura, viejo y encorvado, trabajaba en el parterre recién cavado que rodeaba todo el edificio.

Levantó la cabeza cuando los dos hombres se detuvieron junto a él.

—¡Buenos días! —murmuró.

—Dice Grayson que está usted sembrando una nueva variedad de flores...

—Cierto, señor. ¿Es usted el señor Kilwood?

—Sí.

—Yo me llamo Jonas, señor. Jonas Jackson.

—Y esas flores, ¿florecen realmente en invierno?

El hombre viejo esbozó una sonrisa.

—Ya puede jurarlo, señor. Tienen un desarrollo rápido, y sus flores son hermosas, azules y moradas. Estoy seguro que le gustarán.

—Eso espero.

—Mire, señor, éstas son las semillas.

El hombre extendió la palma de la mano. Jack y Simón vieron unas bolitas negras, irisadas, no mayores que un guisante. Parecían de metal.

—Sí que son extrañas. ¿Qué es ese polvo que llevan adherido, Jackson?

El hombre viejo arrugó su ya arrugada frente.

—Cenizas, señor. Estuvieron guardadas con cenizas. Es un método para su conservación.

—Ya entiendo.

La verdad es que no entendía nada. Ni maldito si le importaban nada los métodos para conservar simientes de una planta rara. Tenía otras preocupaciones mucho más graves.

Se alejaron del anciano que sembraba aquellas semillas de apariencia metálica. La mirada glauca del improvisado jardinero les

siguió hasta verles desaparecer más allá de la esquina. Sólo entonces reanudó su tarea.

Durante toda la mañana estuvo trasteando en torno a la casa, hasta que la última de las semillas estuvo enterrada.

Entonces se despidió del jardinero, con el que quedó citado en la taberna donde se habían conocido, y con pasos cansinos abandonó el jardín de los Kilwood.

Caminó por el sendero hacia la carretera, sólo que antes de llegar a ésta se desvió a la derecha, dirigiéndose al bosque.

Se internó en él sin titubear, como si conociera bien aquella espesura. La atravesó y salió a una hondonada que formaba un pequeño valle.

Estaba cansado y se detuvo unos minutos. Después prosiguió su camino a lo largo del valle, hasta otra zona de bosque.

En medio de los árboles se alzaba una choza en cuya puerta una mujer vestida de negro de la cabeza a los pies parecía esperarle con impaciencia.

De entre el embozo de lana negra la voz débil y cascada de la mujer preguntó:

—¿Lo hiciste?

El asintió.

—Sí —remachó—. Puse todas las semillas en torno a la casa, como tú dijiste que hiciera.

—Está bien, Jonas. Eso era todo lo que tenías que hacer.

—Y ahora, ¿qué, mam?

—Ahora ya puedo morir.

Suspiró, como si estuviera muy cansada. Entró en la choza y fue a sentarse en un rincón oscuro, junto a la apagada lumbre.

Allí se echó atrás la apolillada mantilla negra que le cubría el cráneo. Su cara era una pura arruga de piel acartonada, como pergamino viejo, rígida y sin vida. De la cabeza, casi calva, colgaban algunas guedejas de largos cabellos lacios, blancos, que la salpicaban aquí y allá.

Jonas se la quedó mirando. Al lado de aquella especie de momia, el viejo era aún extraordinariamente joven.

Como si ya apenas le quedara voz, la viejuca musitó:

—Enciende la lumbre, Jonas

El hombre obedeció. El resplandor danzante de las llamas pronto iluminó el miserable interior de la choza. Así alumbró una pequeña arqueta de metal oscuro llena de cenizas.

La vieja la tomó entre sus manos. Estuvo mirándola mucho tiempo y luego murmuró:

—Tu maldición se cumplirá., estés donde estés. Ahora puedes descansar en paz.

Vertió las cenizas en las llamas. Estas se alzaron de pronto rugiendo, retorciéndose con un crepitar sordo y lacerante. Diríase que una voz colosal rugía con ellas todo el dolor y todo el odio contenidos en las profundidades del averno.

Jonas las miraba, fascinado. Escuchaba aquel rumor que crecía como una marea, para aplacarse después poco a poco, a medida que el fuego recobraba su normalidad.

—Mam… —susurró el viejo.

La mujer no respondió. Estaba acurrucada en el mismo lugar. Parecía como si hubiera empequeñecido de tamaño, la cabeza caída sobre el pecho, los cabellos lacios, semejantes a paja seca, cayéndole sobre el rostro.

Jonas se inclinó sobre ella.

Ni siquiera se sorprendió al descubrir que la anciana estaba muerta…

CAPITULO VIII

El resto de ese sábado había transcurrido en medio de una solapada tensión en Kilwood Manor. Angela, Lorena y Jack habían jugado al criquet durante la tarde. Luego, la temperatura había refrescado en exceso obligándoles a entrar en la casa.

Herbert estaba en la biblioteca, solo. Tenía el rostro casi amoratado, a pesar de las atenciones prodigadas a la fuerza por su tía, deseosa de que ni Kingsey ni Angela hicieran demasiadas preguntas respecto a esa maltratada apariencia del joven.

Simón se esforzó, durante toda la velada, para animar la reunión, maldiciendo para sus adentros a su hija por aquella frialdad que mostraba, aquel despego a todo y a todos, incluyendo al que se suponía que estaba allí por ella:

Jack Kingsey.

El domingo no mejoró tampoco el estado de ánimo ni la atmósfera que se respiraba en la casa. Sólo Angela intentaba de vez en cuando proponer algún juego con que distraer las horas muertas de ese fin de semana.

Tampoco logró el menor éxito, y en cambio la tensión fue creciendo a medida que se acercaba la hora en que Kingsey y Angela debían regresar a Londres.

Herbert se ocupó de traer el ligero tilburí tirado por un viejo caballo. La hora de la despedida fue más bien sombría.

No obstante, Simón arrancó a Jack Kingsey la promesa de que, dentro de tres semanas, antes de que empezasen los fríos, volvería a pasar otro fin de semana en Kilwood Manor.

Fue todo lo que pudo conseguir. Luego, los dos jóvenes se acomodaron en el tilburí manejado por Herbert y éste se dispuso a arrear el cansino caballo.

Fue ese momento el elegido por Lorena para decir con afectada alegría:

—Querida Angela, espero que tú también nos alegrarás con tu presencia... dentro de tres semanas.

Angela dijo que estaba bien, que por ella no iba a quedar, que le encantaba Kilwood Manor y que en aquellas fechas volvería.

Tras esto, el cochecillo se alejó y la señora Kilwood cerró la puerta. Cuando se volvió se encontró con la sarcástica mirada de su hija.

—¡Perra! —le espetó.

—¿Qué te pasa ahora? No es culpa mía si el fin de semana se arruinó. La tensión la creasteis vosotros.

Con un rugido de ira, Simón volteó la mano y la abofeteó. Descargó tal golpe, que Lorena se fue dando tumbos a través del vestíbulo hasta estrellarse de cabeza contra la pared, de donde rebotó y acabó desplomándose como un fardo.

El hombre chirrió entre dientes:

—¡Ojalá pudiera patearte las entrañas hasta matarte, mala zorra degenerada!

Ella levantó la mirada aturdida, semiinconsciente. Un hilillo de sangre escurría de la comisura de su boca. No dijo nada, pero a medida que recobraba el conocimiento el creciente odio chispeaba en sus ojos como una llama que se avivara con el soplo del mal.

—¡Malditos! —susurró, jadeando—. ¡Malditos seáis!

Su padre se abalanzó contra ella, barbotando barbaridades. Afortunadamente para Lorena, la señora Kilwood llegó a tiempo de sujetar a su marido y detenerlo.

—¡Cálmate, Simón, por lo que más quieras! —lloriqueó—. Estamos todos muy excitados… Cálmate…

—¿No oíste lo que dijo?

—Lo oí. Vamos, ven conmigo.

Hubo de forcejear con él para arrastrarlo hacia el salón. Los dos fueron a sentarse ante la lumbre, cabizbajos, abatidos, llenos de desaliento.

Durante toda la semana siguiente no dirigió ni una palabra a su hija. Apenas si la miró un par de veces. La ignoraba, haciendo patente de este modo su desprecio y su cólera.

Herbert se mantenía al margen, consciente de que si la cosa estallaba, él recibiría una buena parte del temporal.

Y por primera vez comenzó a acariciar la idea de largarse de Kilwood Manor. Claro que fuera de allí habría de espabilarse para vivir. Quizá hasta se vería obligado a trabajar. Esa idea ponía repeluznos en su piel. Decidió aplazar una determinación.

El siguiente domingo, Simón desayunó tarde. La cólera no le había abandonado, pero sus apuros financieros pesaban en la balanza de sus decisiones, así que comenzaban a considerar de nuevo el proyecto cuyo eje era Lorena.

Para refrescar las ideas se levantó y salió al jardín.

Se detuvo junto al parterre que rodeaba la casa. Apenas daba

crédito a sus ojos.

Unas plantas de un verde deslumbrante habían brotado de la noche a la mañana.

Tenían más de un pie de altura, cuando él estaba seguro que el día anterior no había ni la menor señal de ellas.

Asombrado, se inclinó para examinarlas de cerca. Las hojas eran gruesas, pero de bordes delgadísimos, afilados. El color verde tenia brillos de esmeralda, vivaz y vigoroso.

Una enmarañada red de finísimas líneas rojizas surcaban el reverso de las hojas, semejantes a un complicado sistema nervioso.

El tallo era grueso, proporcionado al tamaño de las plantas, y se notaba a simple vista que era tan robusto porque aún había de soportar más peso, aún habían de crecer más.

Se fue paseando a lo largo del parterre, en torno a la casa. Todas las plantas habían brotado y tenían una altura uniforme, casi idénticas unas a otras.

—Veremos las flores si son tan hermosas como dijo el jardinero…

A la mañana siguiente, las plantas habían crecido casi otro pie. No podía creerlo.

Ahora, de la unión de las hojas con el tallo, emergían unos finos zarcillos oscuros que se enroscaban en las puntas.

La señora Kilwood estaba tan sorprendida como él.

—Y eso sin regarlas en todo este tiempo —comentó.

Eran realmente magníficas, y adornaban extraordinariamente las fachadas.

—Fíjate en una cosa, Simón —dijo la mujer, de pronto—, en este tiempo, la mayoría de plantas grasas sufren el ataque de diferentes clases de orugas. En cambio, éstas no.

—Tal vez poseen alguna sustancia que repele los insectos. El jardinero tenía razón…, son espléndidas.

Siguieron paseando en silencio un buen rato.

Hasta que la mujer dijo:

—He charlado un rato con nuestra hija esta mañana en su cuarto.

—¿Y…?

—Me ha prometido obedecerte de ahora en adelante. Comprende que sólo siguiendo tus instrucciones saldremos de esta angustiosa situación.

Simón soltó un gruñido.

—No confío en ella, querida. De todos modos, ya ¡alta poco para

que Jack venga a pasar otro fin de semana con nosotros. Entonces sabremos si realmente es sincera o no.

—Si al menos Angela Lawton no viniera…

Desde la ventana de su cuarto, Lorena les observaba con un peligroso brillo en sus pupilas. Aún estaba espiándoles cuando llamaron a la puerta.

Se volvió en el momento en que Herbert se deslizó dentro, cauteloso.

—¿Crees que regresarán pronto? —murmuró.

—Se alejan. Y no me importa si vuelven o no. Ven, abrázame, primito…

El sonrió al estrecharla entre sus brazos.

—Te admiro —dijo cosquilleándole los labios con los suyos—. Eres una mujer asombrosa.

—Soy algo más y tú deberías saberlo mejor que nadie.

Se enzarzaron en un delirante beso, acariciándose con frenesí. Todo el hermoso cuerpo de Lorena sé incrustaba en el de Herbert, oscilando lenta y lascivamente, adaptándose a él, excitándole hasta el paroxismo.

Cuando se separaron para recobrar el aliento, ella se desprendió de sus brazos, fue a la puerta y cerró con llave.

Luego, mientras se quitaba el vestido, corrió hacia la cama.

CAPITULO IX

El viernes en que debían llegar Jack Kingsey y Angela, Simón reunió a su familia en el salón; por primera vez en tres semanas dirigió la palabra a su hija y a su sobrino.

—Es la última oportunidad —dijo, ceñudo—. Tú lo sabes mejor que nadie, Lorena. Pero la cosa también va contigo, Herbert, porque si no conseguimos la fortuna de Jack Kingsey te encontrarás en la calle, sin un céntimo y sin un techo en el que vivir como estás acostumbrado: como un parásito.

—Bueno, tío, yo...

—De manera que si cualquiera de los dos comete una tontería que eche por tierra todos nuestros provectos le arrojaré de aquí a puntapiés. Y he dicho cualquiera de los dos... o los dos.

Los primos se miraron sin ninguna expresión en sus caras.

La señora Kilwood terció:

—Tú, Herbert, harías bien ocupándote de Angela. Rodéala de atenciones y evita que Jack sea absorbido por ella. Esa mujer demuestra demasiado interés hacia ese hombre o hacia su fortuna. ¿Has comprendido?

—Sí, tía.

—Ahora prepara el tilburí y ve a esperarlos.

—Muy bien.

Herbert abandonó el salón.

A pesar de todo, Simón no dejó su expresión sombría hasta que los invitados llegaron.

Los tres salieron a la puerta al oír el trote del caballo.

Angela abrazó a su amiga con afecto. Pero Jack se detuvo en seco al ver las plantas que crecían en torno a la casa.

—¡Diablos, señor Kilwood! —exclamó—. ¡Qué fenómeno! ¿Qué les ha hecho usted para que hayan crecido de ese modo?

—Nada en absoluto, mi querido muchacho. Ni siquiera las hemos regado una sola vez.

Las plantas alcanzaban una altura superior al alféizar de las ventanas. Crecían uniformes, casi iguales en longitud y desarrollo. Las hojas eran cada día mayores, y los zarcillos más largos y robustos, y el brillo de esmeralda se acentuaba con el paso del tiempo brillando con irisaciones metálicas.

—Jamás había visto nada igual —comentó Jack al entrar en la casa—. Y eso sin regarlas... ¿No sabe usted qué clase de flores darán?

—No tengo la menor idea. Y el jardinero hace no sé cuánto tiempo que no aparece por aquí. Mandó recado que estaba enfermo y hasta ahora no hemos sabido de él. Aunque si es cierto que florecen con el frío, no pueden tardar mucho ya, puesto que hace un trío endiablado.

Se reunieron delante de la lumbre. Herbert dijo, esforzándose por dejar de lado su tono zumbón:

—Desde luego, no tenéis suerte con el tiempo, Jack. Parece como si trajeseis la tormenta con vosotros.

—Esperemos que se contente con relampaguear, porque si esas nubes descargan... son más negras que el carbón —bromeó el aludido.

Simón sirvió unas copas de oporto. Obedientemente,

Lorena se las ingenió para separar a Jack Kingsey de los demás.

Con voz susurrante preguntó:

—¿Te has aburrido mucho en Londres, querido?

—Un poco.

—¿Es que no hay chicas bonitas allí?

—Supongo que sí, pero apenas me queda tiempo para comprobarlo.

—Pobrecito..., trabajas demasiado.

El sorbió el oporto. Estaba cerca de la ventana y al fijar la mirada hacia fuera dio un respingo.

Lorena exclamó:

—¿Qué sucede?

—Esa planta.

Ella miró también. La parte superior de la planta asomaba más arriba del alféizar de la ventana. Las hojas maravillosamente verdes giraban muy despacio, pero giraban hacia ellos, con el mismo movimiento que un girasol buscando el resplandor del sol.

—¡Sí que es curioso! —convino la muchacha—. Hasta ahora no me había fijado que se movieran.

—Quizá ¡as atrae el calor.

—¿No te parecen hermosas?

—Lo son, ciertamente. Nunca había visto otras parecidas.

Entretanto, las hojas habían quedado con el dorso hacia la ventana. Diríase que palpitaban regularmente. Diríase...

Semejaban el tic-tac de un reloj.

O el latir de un corazón.

Esa idea estremeció a Lorena, que se volvió de espaldas a la ventana y le sonrió a su acompañante.

—Cuéntame cosas, Jack —musitó—. De Londres, de los espectáculos, de ti... Una está tan aislada en este lugar alejado de la civilización.

La punta enhiesta de su busto rozó el brazo.de Jack. Una presión apenas perceptible, pero que se acentuó paulatinamente hasta que él, tras apurar el resto del oporto, se apartó para dejar la copa en la mesita.

El primer trueno retumbó cuando terminaban de cenar.

Minutos después, el crepitar de la lluvia se fundió con la voz del trueno y el zumbido del viento.

—¡Ya está! —exclamó Lorena—. ¡Ha llegado el invierno! Cualquiera diría que lo has traído contigo, Jack.

—Estaba lloviendo en Londres cuando salimos. ¿No es cierto, Angela?

La hermosa muchacha asintió.

—¡Y de qué modo! —dijo—. Lluvia y niebla, como es tradicional en estas fechas.

Ninguno parecía tener muchos deseos de conversar. Allá fuera el agua caía con creciente intensidad, y los relámpagos se sucedían mezclándose con el fragor del trueno.

Angela fue la primera en decidirse.

—Creo que me acostaré pronto. Estoy rendida del viaje y la noche no invita a prolongar la velada. Si me disculpan...

Los hombres se levantaron, corteses. Simón tropezó con la mirada brillante de su hija y le asaltó un vivo malestar. Le habría gustado poder penetrar dentro de aquella retorcida mente; saber a qué atenerse respecto a esa muchacha insolente que era su propia hija.

Su mujer, advirtiendo su creciente malestar, apoyó la mano sobre su brazo y le miró a los ojos.

El se relajó.

Herbert fue el siguiente en retirarse, y luego lo hizo Lorena. Los esposos cambiaron una mirada preocupados, y la señora Kilwood se excusó, abandonando también el comedor.

—Creo que tú y yo podemos aprovechar el tiempo todavía, Jack —sonrió el anfitrión.

—Sólo lo que tarde en fumar un cigarrillo.

—Tomarás una copa de brandy. Evitará que la tormenta te inspire

pesadillas.

—Eso no me preocupa. Jamás las he padecido.

Siguió a Simón Kilwood hasta el salón. Los dos hombres saborearon el brandy despacio, sentados ante la lumbre, fumando y contemplando la danza siempre cambiante de las llamas.

De pronto, como decidiéndose, Jack dijo:

—Señor Kilwood…

—¿Sí?

—Quisiera decirle algo…, algo confidencial de momento. Quiero que para los demás sea una sorpresa.

Simón sintió un escalofrío. Era lo que había esperado.

—Puedes hablarme con absoluta franqueza, querido muchacho.

—Como usted sabe, vivo solo desde que murió mi madre hace algunos años. No me quedan parientes, o por lo menos parientes lo bastante próximos como para convertirlos en confidentes.

—Aún no comprendo adónde quieres llegar.

Pero sí lo comprendía, y, el ansia por obtener la fortuna de Kingsey casi le nublaba la vista.

—Usted sabe, señor, que llega un momento en la vida de todo hombre en el que éste no puede vivir solo…

—Naturalmente. Todos hemos pasado por ese trance, amigo mío. De modo que se trata de eso.

—Ciertamente. Pero dada la amistad que nos une, he querido decírselo primero a usted antes que a los demás. Imagino la sorpresa que tendrán mañana.

—En lo que a mi concierne, Jack, no debes preocuparte en absoluto.

—Gracias, señor Kilwood. Angela dudaba de que nuestra decisión fuera bien acogida en esta casa y aún no sé por qué. Se alegrará en gran manera, estoy seguro.

Simón Kilwood sintió que un frío de muerte culebreaba por su espinazo.

—¿Angela? —balbuceó—, ¿Qué…? Quiero decir, ¿le consultaste a ella primero?

Jack Kingsey sonrió.

—Por supuesto, señor. No podía echar las campanas al vuelo hasta saber si accedía a mi petición de matrimonio.

Simón permaneció inmóvil, esforzándose por dominar el salvaje latir de su sangre. Le parecía que el suelo oscilaba bajo sus pies, y el

bramido de la tormenta y la lluvia, retumbaban dentro de su cráneo con sonidos destructores.

—Comprendo —murmuró al final—. Comprendo muy bien, Jack.

—Así, ¿le parece que debo anunciarlo mañana, cuando estemos todos reunidos?

El hombre asintió con un gesto. Luego barbotó:

—Sí, estoy seguro que tendrán una gran sorpresa…

Y ahora creo que me retiraré. Mi esposa debe estar esperándome.

Un tanto cortado, Jack le vio salir del salón. Encendió otro cigarrillo, sentado confortablemente ante la lumbre, y dejó remontarse su imaginación por los derroteros que le inspiraba Angela Lawton.

Cuando arrojó la punta del cigarrillo se puso en pie.

Fue en aquel instante que experimentó la desagradable sensación de ser observado por ojos ocultos.

Miró en torno, a las sombras que llenaban los rincones de la estancia. Sin ninguna duda estaba solo, sin embargo, aquella inquietante sensación persistía.

—Debe ser cosa del cansancio… —murmuró para sí.

Apagó la luz de gas y se retiró a su habitación.

Fuera, el agua se desplomaba en incesante catarata, inundando la tierra, convirtiendo los caminos en barrizales… regando las plantas.

CAPITULO X

La señora Kilwood barbotó entre dientes:

—¡Maldita mujer, maldita sea! Lo sabía..., estaba segura que ésas eran sus intenciones.

—Puedes incluir a tu hija en tus maldiciones —rezongó Simón—. Si hubiese hecho lo que debía, Kingsey la habría elegido a ella. Es más hermosa que Angela; más distinguida incluso.

—¡Y más zorra! —casi gritó la mujer, frenética.

Saltó del lecho envuelta en su camisón. Simón no se había desnudado todavía.

—¿Adónde vas ahora?

—¡A decírselo! A decirle que puede seguir revolcándose con esa sanguijuela de su primo por el resto de sus días. A decirle que con él llegará a las estrellas si es que le proporciona la comida de un solo día cuando hayamos perdido esta casa.

—Espera, mujer. A estas horas no...

Ella ya estaba en la puerta. Ni siquiera volvió la cabeza. La abrió y salió disparada.

Su marido la siguió a lo largo del pasillo. Oía la lluvia golpear contra el tejado, y el lejano retumbar del trueno. El frío se le metió en los huesos de pronto y fue en aquel instante cuando se le ocurrió la idea.

Casi corrió en pos de su mujer, pero no logró darle alcance a tiempo. Ella estaba forcejeando con el tirador de la puerta de su hija.

—¡Ha cerrado con llave! —barbotó, fuera de sí—. ¡Han cerrado con llave!

—¿Qué?

—Los dos están ahí. Por eso cerraron.

La ira casi ahogó a Simón. Deseó echar abajo la puerta, levantar a toda la casa a gritos y echar a su hija escaleras abajo, y abrir en canal al cerdo de su sobrino.

Sólo que aquella idea martilleaba su cerebro una y otra vez.

Sujetó a su mujer y casi en volandas la llevó de regreso a su cuarto.

Ella se debatía en silencio, rechinando los dientes como un perro rabioso. Simón cerró la puerta a sus espaldas y la soltó.

—¡Cálmate! —dijo—. Todavía queda una oportunidad.

—¿Con esa puerca compartiendo su cama con Herbert?

—¡Al diablo con eso! ¿Quieres escucharme?

Ella se paseaba de un lado a otro, mascullando entre dientes, maldiciendo, viendo esfumarse aquella gran fortuna que ya había creído atrapada en sus manos.

Cuando al fin se detuvo, su marido dijo:

—Nos queda una carta por jugar. Piénsalo.

—¿De veras? —rechinó, sarcástica—. Ni siquiera marcando la baraja ganarías esa partida.

—Si Angela desapareciera, Lorena tendría el camino libre.

La mujer se quedó boquiabierta.

Tras un silencio sólo preguntó:

—¿Cómo lo haríamos?

—Habría de ser un accidente. Si cesara la lluvia yo podría sugerir una partida de caza.

Una confusión quizá…, un disparo accidental, ya me entiendes. O un mal paso en la ciénaga…

A ella le brillaban los ojos como llamas ahora.

—Es cierto —murmuró—. Si ella desapareciera…

—El necesitaría consuelo —dijo Simón con ironía, acariciando su idea—, ¿Y quién mejor, para consolarle, que Lorena?

—Sería fácil…, muy fácil. A menos que Kingsey descubra que se acuesta con su primo.

¿Has pensado en eso?

Simón asintió, ceñudo.

—Echaré a Herbert a puntapiés, mañana mismo. Es un degenerado, pero también es un cobarde. Le advertiré claramente que si vuelve a ver a Lorena le cortaré el cuello sin dudarlo un momento. Se irá tan deprisa que ni siquiera tendrás tiempo de verle correr.

A medida que la idea se agrandaba en su mente, la mujer iba entusiasmándose con ella. La redondeaba, la acariciaba… y se impacientaba para llevarla a la práctica.

Estuvieron discutiendo horas y horas. Esa noche ninguno de los dos pudo dormir.

La lluvia seguía abatiéndose sobre la casa, anegándolo todo, incluso el parterre donde las extrañas plantas crecían más y más.

—Si dejara de llover —murmuraba Simón, una y otra vez.

Pero la lluvia no cesaba.

Y no cesó en ningún momento.

Quedaron amodorrados, al fin, pero incluso en esa especie de duermevela siguieron oyendo el estrépito del agua y el zumbido de sus pensamientos, siniestros y mortales como la oscuridad que inundaba el cuarto.

Al fin Simón despertó, abotargado. No sabía si había logrado dormir o no, ni si, en caso de haberse dormido, había conciliado el sueño dos minutos o dos horas.

Miró hacia la ventana, cubierta por los cortinajes y en la que no se insinuaba ninguna claridad.

La lluvia caía tan densa como cuando se acostaron.

Fastidiado, buscó a tientas las cerillas y encendió la vela que tenía al lado. Miró el reloj.

Dio un salto, porque señalaba las nueve de la mañana.

—¡Despierta! —exclamó, sacudiendo a su mujer—. ¿Cerraste los postigos anoche?

—No... y querrás decir esta noche, porque aún no es de día.

—Son las nueve de la mañana.

—Imposible. Tu reloj...

—Mi reloj funciona perfectamente.

Saltó de la cama y se envolvió en una bata. Hacía un frío cortante en la habitación.

Se dirigió a la ventana y apartó las cortinas de un tirón.

En el primer momento creyó que, efectivamente, aún era de noche. Más allá de los cristales todo era oscuridad.

Luego, vio que aquella oscuridad tenía irisados tonos verdes y se quedó estupefacto, incrédulo.

¡Las plantas del parterre cubrían, por completo, la ventanal

Allí estaban las grandes hojas, los rizomas enroscados y vibrantes. Y algo más, algo que nunca había visto antes.

Unas flores azuladas, oscuras, parecidas a grandes copas de cristal tornasolado puestas boca abajo.

—¡Hattie! —llamó, con un oscuro temor deslizándose por sus nervios.

—¿No te lo dije? Es completamente de noche, todavía.

—¡Ven aquí!

—¿Por qué? Hace mucho frío, Simón. Vuélvete a la cama.

—¡Maldita sea, mira eso!

A regañadientes, ella se arrebujó en su bata y caminó a través del cuarto.

El estupor le impidió hablar durante casi un minuto.

—-¡Las plantas! —exclamó, después—. La lluvia debe haber acelerado su crecimiento.

—¡Pero son monstruosas! ¿No te das cuenta que estamos en un primer piso? Y no se ve la cabeza de la planta, sino que aún sigue más arriba.

El agua resbalaba por las hojas, azotándolas con su intensidad, inclinándolas con su peso.

De repente, Simón exclamó:

—¡Acerca la vela! ¡Debo estar volviéndome loco!

Sobrecogida, ahora, la mujer obedeció sin chistar esta vez. Fue en busca de la vela y la aproximó a los cristales.

Las hojas se movían ordenadamente, colocando su lado superior de cara a la ventana.

Al mismo tiempo, las grandes flores azules se levantaban despacio y sus pétalos se abrían con un lento movimiento que era perfectamente visible.

—¡Parecen fauces de un animal, cuando se abren de ese modo! —jadeó la señora Kilwood—. ¡Tengo miedo, Simón!

—Son sólo plantas, Hattie. Pero de una especie muy curiosa..., parece como si estuvieran dotadas de inteligencia...

Los rizomas, que hasta entonces estuvieran enroscados, se distendían en un armónico movimiento. Cuando llegaban a tocar el cristal parecía como si lo tanteasen, como si buscaran una grieta por donde entrar en la habitación.

La mujer se echó atrás, atemorizada.

—¡Están vivas, Simón! —balbuceó.

—Naturalmente que están vivas.

—Quiero decir...

El no la escuchaba. Lleno de curiosidad, aunque sintiendo, también, cierta aprensión, giró el cierre de la ventana y abrió uno de los batientes lo justo para atisbar por la abertura. No abrió más, por temor a que entrara la lluvia.

No obstante, aquellas dos pulgadas fueron suficientes.

Dos de aquellos largos rizomas se dispararon hacia adelante como látigos, mientras las grandes hojas comenzaban a agitarse violentamente arriba y abajo, arriba y abajo..., como afiladas hojas de hacha.

Los rizomas cayeron sobre el brazo de Simón y se enroscaron en él, en un abrir y cerrar de ojos. Instantáneamente, el hombre sintió

como si le cortaran el brazo, y una fuerza colosal comenzó a tirar de él hacia fuera.

Se echó atrás, lleno de espanto. Sólo pudo retroceder todo lo que dio de sí, la longitud del brazo, porque fue incapaz de desprenderlo de aquellos duros zarcillos que tiraban más y más de él.

Dio un grito, aterrorizado.

—¡La vela! —jadeó—. ¡Quémalos con la llama..., no puedo romperlos...!

Otros rizomas, allá fuera, oscilaban y se distendían, como preparándose para hacer, también, presa en el brazo tan pronto los dos primeros consiguieran sacarlo fuera de la ventana.

—¿No me oyes, estúpida? —vociferó—. ¡Quémalos, quémalos!

Al fin, ella reaccionó. Aproximó la llama de la vela a uno de los rizomas, chamuscándolo.

Se escuchó una especie de susurro. El zarcillo soltó su presa y se enroscó sobre sí mismo, con la velocidad de una serpiente.

Empezó a quemar el otro, cuando ya dos más tanteaban la estrecha abertura de la ventana. El zarcillo chisporroteó, aflojando su presa.

Simón dio un salto atrás, desprendiéndose de aquella cosa. El enorme tallo de la planta se inclinaba, combándose, disponiéndose a entrar.

Como un loco, Simón se lanzó contra la ventana. La cerró de golpe, atrapando a dos de aquellos látigos negros que le impidieron ajustarla lo suficiente para dar vuelta al cierre.

—¡Abrásalos! —chilló—. ¡Date prisa!

Ahora la mujer estaba espoleada por el pánico a lo desconocido, a lo incomprensible.

Acercó la llama de la vela a los rizomas y, en un instante, estos retrocedieron.

Simón cerró al fin, jadeando, cubierto de un sudor helado que le provocaba violentos escalofríos. Al otro lado de los cristales, la planta había detenido su movimiento, pero cinco o seis de aquellos látigos diabólicos tanteaban el marco, el cristal, como dirigidos por una inteligencia concreta.

—¡Estás herido! —lloriqueó la mujer.

El se miró el brazo. Allí donde los rizomas se habían enroscado había profundas cortaduras que sangraban en abundancia.

—¡Eso es cosa del diablo! —barbotó.

Frenético, cerró los postigos de madera, velando así la visión de

aquellas hojas que se mecían al otro lado de la ventana.

Hombre y mujer se miraron empavorecidos. Ninguno de los dos recordaba, en esos momentos, sus siniestros proyectos de asesinato.

Lo que sí recordó él de pronto...:

—¡Las otras ventanas! Hay que cerrar los postigos de madera porque dudo que los cristales resistan a esa cosa... ¡Corre, despierta a todo el mundo!

La mujer echó a correr, dando gritos.

Simón se precipitó escaleras abajo, olvidado del quemante dolor de su brazo.

Frenético, comenzó a cerrar los postigos de madera de todas las ventanas, oyendo ahora el roce de las plantas en las paredes, en los cristales, y extraños susurros como de mil voces amenazadoras...

Llegaba al salón, cuando un cristal de la gran ventana saltó en pedazos.

Instantáneamente, hojas y zarcillos se precipitaron por la abertura, oscilando, tanteando.

Simón se detuvo en seco, horrorizado. Luego vio el tenue resplandor de las brasas en la chimenea y, de un salto, atrapó los restos de un tronco. Se abrasó la mano y gritó, pero no lo soltó, sino que lo apretó contra los primeros zarcillos, aullando de dolor.

Los vio retroceder, con unos chasquidos que daban grima. Quemó una hoja y todas las demás huyeron por el hueco del cristal roto.

Simón soltó la ardiente brasa y entre el velo de lágrimas de dolor, cerró los postigos.

Se miró la mano. Casi la tenía en carne viva y el dolor le mareaba.

Tambaleándose, fue hacia donde el tizón chamuscaba la alfombra. Lo devolvió a la chimenea a puntapiés, mientras por toda la casa sonaban pasos, y voces, y el retumbar de la lluvia... y el siniestro susurro de las plantas que acechaban...

CAPITULO XI

Estaban todos reunidos en el salón, incluida la sirvienta que hacía las veces de cocinera.

El desconcierto era absoluto, porque ninguno comprendía qué estaba sucediendo.

Pero sí oían el roce en los cristales, y el chasquido ruidoso al romperse alguno de ellos, bajo la presión de las plantas.

Jack había comprobado, por sí mismo, que aquello era real, atisbando por una ventana.

Tuvo la impresión de que aquella cosa no solamente era una planta pura y simple, un vegetal más o menos gigantesco, sino que estaba dotado de instinto como un animal salvaje.

Fue Simón quien rompió el silencio,

—Hemos de salir de aquí —dijo—. Como sea, pero debemos huir, si queremos salvarnos. Estas plantas, o lo que sean, son cada vez más fuertes, y la lluvia no cesa. Es la lluvia lo que las vivifica...

—¿Quiere decir que podrán romper, también, los postigos de madera? —exclamó Jack Kingsey.

Simón levantó el brazo y la mano vendados.

—Tú no experimentaste la monstruosa fuerza de esa cosa, Jack. Estoy convencido de que me hubiera arrancado el brazo si Hattie no hubiese quemado aquella especie de rizomas.

—Bueno, sabemos que el luego le destruye —sugirió Kingsey—. Confeccionemos antorchas y...

—Hay que pensarlo bien, Jack. Si nos lanzamos sobre una planta y la quemamos con nuestra antorcha, y la planta de al lado consigue atrapar a alguno de nosotros... ¡Dios! No quiero ni pensarlo. Si esos zarcillos se le enroscaran a uno en torno al cuello, estaría muerto en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

—Veamos, no perdamos la serenidad. Esas cosas, fuertes o no, gigantescas o no, son sólo plantas. Hemos de meternos eso en la cabeza. Hay que quemarlas, así que veamos qué ideas podemos elaborar entre todos.

—Continúa lloviendo, Jack. ¿Cómo vas a hacer fuego allá fuera, con el agua que cae?

—Tiene usted razón, señor. ¿A nadie se le ocurre nada mejor que eso?

No hubo ni una respuesta.

Hundido en una butaca, Herbert vaciaba una copa de brandy. Tenía la cara gris de puro miedo.

Era el mismo miedo que rodeaba a todos, con más o menos intensidad, sólo que los demás se estrujaban el cerebro buscando una solución y él no. El sólo temía.

De vez en cuando, alguien murmuraba:

—Si por lo menos cesara la lluvia...

—En esta época, puede durar semanas —replicaba Simón, invariablemente.

Y volvía el silencio, y la tensión, y el pánico agazapado en sus corazones.

Los cristales de la ventana del salón habían saltado todos en pedazos hacía tiempo.

Ahora empezó a oírse un duro roce contra la madera de los postigos.

Los sitiados se miraron sobresaltados. Jack añadió nuevos troncos a la lumbre y luego fue hacia la ventana, escuchando con todos los sentidos alerta.

Angela suplicó:

—¡No te acerques ahí, Jack, por lo que más quieras!

—Tranquilízate. La madera resiste.

Escuchó aquel incomprensible susurro casi humano, los crujidos de las grandes hojas contra la madera y los roces de los rizomas que no cesaban en su empeño.

Y de nuevo, alguien susurrando:

—Si cesara la lluvia...

Y al cabo de unos instantes, como una respuesta retardada, Simón decía:

—En esta época puede durar semanas.

Y otra vez el silencio, y el oír el estruendo de la lluvia, y los rumores de las plantas estrechando su cerco.

La cocinera sollozaba con voz queda, apartada de todos.

Lorena se estrujaba las manos en su desesperación.

Y quien más, quien menos, sentía el desánimo cómo iba enseñoreándose de su voluntad.

Nadie pensó en comer. Sólo Herbert estaba dando cuenta de una botella de brandy, pero ni aun con esta ayuda lograba alejar el terror que sentía en lo más profundo de sus entrañas.

Llenó de nuevo la copa y al hacerlo, la botella quedó vacía. La

dejó a un lado y en un instante hubo vaciado el licor.

Encendió un cigarrillo y luego se levantó. Empezó a revisar el aparador y gruñó, disgustado. No quedaba más licor.

Jack miró la llama de la luz de gas. Algo comenzó a tomar cuerpo en su mente, algo aún inconcreto.

Ahora, Angela estaba a su lado, aferrada a su brazo, y a pesar de la situación, Hattie Kilwood rechinaba los dientes ante aquel fracaso, ante su impotencia, ante el cerco que, además de amenazarlos a todos, echaba por tierra sus sueños de riqueza.

Herbert gruñó:

—¿No tienes ninguna botella de brandy más, aquí.

—En la bodega. ¿Qué te pasa; crees que, emborrachándote, te librarás por arte de magia?

—Necesito beber.

Simón se encogió de hombros. «¡Al diablo con ese parásito!», pensó.

Avivó el fuego para que siempre hubiera leños ardiendo. Al volverse, murmuró:

—Sólo con que uno pudiera salir en busca de ayuda.. Hombres con herramientas adecuadas, quiero decir. Si fuera posible cortar los troncos en su base las plantas se desplomarían, morirían.

Nadie replicó, porque el problema radicaba precisamente en eso: Salir.

Herbert volvió a levantarse, como impulsado por un resorte.

—¡Voy a buscar un par de botellas! —gruñó.

Nadie le hizo el menor caso.

Jack se aproximó adonde estaba Simón, cuidando el fuego.

—¿Tiene usted un tubo de goma largo en la casa, señor? Una manguera, por ejemplo.

El hombre sacudió la cabeza.

—No. Hay mangueras, pero están en el pabellón del jardín, donde se guardan las herramientas, ¿En qué estás pensando?

—En el gas.

—No comprendo.

—Si pudiésemos...

No terminó. Un aullido escalofriante retumbó en toda la casa, lacerante como una cuchillada. El alarido se repitió, casi al instante, y todos sintieron el frío de la muerte.

—¡Herbert! —gritó Simón—. Ha ido a la bodega.. ¡Maldición,

olvidamos el ventanuco!

Jack se precipitó a la puerta. Cuando Angela iniciaba un grito para detenerlo, él volvió atrás y atrapó un leño coronado de llamas.

—¡Venga conmigo, señor Kilwood! —gritó.

Simón lo pensó dos veces... Arriesgarse por su sobrino... Quizá...

Angela gritó:

—¡No le deje solo, por piedad!

Simón miró hacia la puerta por donde Kingsey había desaparecido, armado del tizón ardiendo.

Notó la mano de su mujer como una garra sobre su brazo sano.

La miró.

Ella sólo dijo, con voz apenas audible:

—No dejes que le ocurra nada, Simón..

—Comprendo.

Tomó otro tizón y echó a correr.

Escaleras abajo, Jack oía los ahogados alaridos de Herbert, pero la escalera estaba oscura y sólo el resplandor del tizón encendido evitaba que se rompiera la crisma.

En cambio, abajo brillaba un débil resplandor. Herbert debía haber encendido el gas...

Llegó al final de las escaleras.

Y se detuvo como herido por un rayo.

Prácticamente toda la bodega estaba invadida por una de aquellas plantas colosales. La vio agitarse violentamente y, en aquel instante, una estantería se derrumbó con estrépito.

Pero vio algo más. Algo que le revolvió el estómago y le llenó de horror.

El cuerpo de Herbert se agitaba débilmente, envuelto materialmente por decenas de zarcillos que se hincaban en su cuerpo, después de haber cortado limpiamente las ropas.

Pero eso no era todo. Las hojas más próximas al cuerpo oscilaban en un movimiento de péndulo, y sus bordes, afilados como cuchillas de carnicero, cortaban la carne a cada vaivén, provocando chorros de sangre que lo encharcaban todo...

Oyó los pasos a su espalda y fue incapaz de pronunciar una palabra. Simón casi le derribó con su ímpetu.

—¿Qué...?

La voz del hombre se quebró con un sollozo, un quejido áspero y lacerado.

Al fin jadeó:

—¿Qué podemos hacer, Jack?

—Nada..., creo que ha muerto... ¡Condenación! ¿Qué clase de infierno se ha desatado en esa casa?

—¡Mira!

Volvió a dirigir la mirada hacia abajo. Esbeltos tallos coronados por otras tantas vistosas flores, se inclinaban, ahora, sobre el cuerpo despedazado. Poco a poco, una de las flores se posó sobre el rostro sangrante y quedó fija allí. Otras buscaron, tantearon el cuerpo hasta posarse, a su vez, sobre las profundas desgarraduras producidas por las afiladas hojas, que ahora se retiraban como obedeciendo una orden suprema.

Se oyó un sonido nauseabundo, espeluznante; un sonido como de poderosa succión.

Diríase que el cuerpo permanecía, ahora, suspendido por aquella suerte de ventosas que eran las flores acampanadas.

—¡Están..., están...! —la voz de Simón se le ahogó.

—Succionando...

El resto de la planta reptaba aquí y allá, cubriendo la derribada estantería y los millares de cristales rotos. El olor del vino se mezclaba con otro dulzón, hediondo.

Jack gruñó, rechinando los dientes:

—¡Maldición! Voy a pegarle fuego a esa cosa del diablo.

—¡Quieto! Ardería toda la casa.

Inesperadamente, Jack sintió un leve roce en el tobillo. Miró hacia abajo, en el instante que un largo zarcillo culebreaba como un rayo enroscándose a su pierna.

Trató de retroceder, instintivamente, pero sólo consiguió caer sentado en los peldaños. El zarcillo tiraba de él con una fuerza inaudita.

Soltó un fúgido y aplicó la llama del tizón a aquella cosa negra. El fuego hizo que la mitad del rizoma saltara hacia atrás oscilando con violencia. La otra mitad quedó enroscada en su pierna.

—¡Arriba, Jack, salgamos de aquí..., esto es una trampa!

Otros zarcillos reptaban, casi a ras de suelo, tanteando, buscando su presa.

Saltó algunos escalones, casi arrastrado por Simón. Aún vio lo que quedaba de Herbert. Le pareció que había disminuido de tamaño y vio el rostro aplastado materialmente bajo aquella boca succionadora, y oyó el sonido de chapoteo de las otras, aferradas a las desgarraduras...

Se volvió, y echó a correr escaleras arriba.

Simón le esperaba y en cuando salió, cerró y atrancó la sólida puerta. Ambos quedaron mirándose incrédulos, incapaces de asimilar lo que habían visto allá abajo…

Al cabo de un tiempo que se les antojó eterno, Jack gruñó:

—Yo también necesito un trago, ahora, señor…

—No hay más que oporto y jerez en el salón. Aunque quizá la cocinera…

Comenzaron a revisar los armarios de la cocina. Al fin descubrieron una botella de brandy, mediada. Llenaron dos vasos y los vaciaron como si tuvieran prisa.

Simón murmuró:

—¿Cómo se lo explicamos a… a ellas?

—¡Maldito si lo sé!

Volvió a escanciar licor y se dejó caer en una silla.

—Es como una maldición —musitó—. Algo que no fuera de este mundo.

—Antes le pedí una manguera de goma… Pienso si no sería posible arrancar una parte de la instalación de gas.

—¿Para qué? Únicamente nos expondríamos a que el gas explotara. Claro que, por lo menos, sería una muerte rápida y no… eso de ahí abajo…

—Escuche…

Entre sorbo y sorbo, Jack Kingsey expuso su idea.

CAPITULO XII

—¿Por qué tardan tanto? —repitió Angela, una vez más.

Lorena no tuvo ánimos de replicar.

Su madre dijo:

—Si les hubiera sucedido algo les habríamos oído.

Y no se oye nada ahora, ni siquiera a Herbert.

Para Angela eso no fue ningún consuelo.

La señora Kilwood le dirigía frecuentes miradas cargadas de odio. Cuanto más pensaba en la fortuna de Jack Kingsey, más odiaba a esta mujer que se la arrebataba.

Si pudiera destruirla..., si Angela muriese...

Una idea tan negra como su conciencia comenzó a cobrar vida en su imaginación; Pasó mentalmente revista a las ventanas que había cerrado ella, personalmente. Casi gritó al llegar a la conclusión de que podía hacerse..., podía intentarse por lo menos.

—Esperadme aquí —murmuró—. Iré a ver qué pasa.

Salió rápidamente. Necesitaba estar segura, de que los hombres seguían ocupados en otra parte, pero, sobre todo, necesitaba comprobar que Jack no intervendría en el momento más inoportuno.

Antes de llegar a la cocina, donde estaba la entrada del sótano, oyó sus voces, y el tintineo de unos vasos Hizo una mueca y retrocedió en silencio.

Regresó al salón convencida de que la solución al problema personalizado por Angela estaba en su mano.

Las dos muchachas la miraron, interrogantes.

—Ellos están bien —anunció—. Se han parado en la cocina a beber algo. Pero he pensado que también nosotras deberíamos hacer algo positivo, en lugar de quedarnos aquí como pasmarotes, lamentándonos.

Lorena levantó la mirada, intrigada. Con voz seca, masculló:

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Revisar las ventanas; asegurarnos de que todos los postigos están bien cerrados, cosas así. ¿Quieres ayudarme, Lorena? Pero no, tú no..., estás muy trastornada y no creo que sirvieras de mucho. ¿Y tú Angela?

—Desde luego que lo haré, señora.

—¡Gracias, querida! Eres una muchacha muy animosa. Ahora

escucha: yo subiré primero para asegurarme que ninguna de esas malditas cosas ha logrado entrar. Si el pasillo está despejado te llamaré. ¿Comprendes?

—Desde luego.

Un chispazo diabólico pasó por las pupilas malignas de la mujer. Lorena estaba observándola y lo captó, sorprendida e inquieta.

—Yo revisaré las habitaciones de la derecha —siguió disponiendo la señora Kilwood—. Tú lo harás en las de la izquierda. Empieza por el cuarto de baño y sigues después por las otras, ¿comprendes, querida?

—Sí, señora Kilwood.

—¡Está bien!, eso nos ayudará a soportar este asedio. Espera que te llame y luego subes.

Salió, seguida por la intrigada e inquieta mirada de su hija.

Lorena farfulló entre dientes:

—Algo trama, la conozco bien...

—¿Qué dices?

Reaccionó, levantándose llena de incertidumbre.

—No me fío de mi madre, Angela, eso es lo que decía.

—Vamos, Lorena, ¿cómo puedes decir una cosa así?

—Presiento que se lleva algo malo entre manos.

Angela sacudió la cabeza. Atribuyó las palabras de su amiga al nerviosismo, al pánico que les dominaba a todos.

De modo que esperó la llamada de la señora Kilwood.

La mujer llegó al pasillo superior. Había una luz de gas encendida en mitad del pasillo.

Las puertas de los cuartos estaban cerradas.

Ella abrió la primera de la izquierda y, tras encender la luz con una cerilla, entró.

El cuarto de baño aparecía desierto, naturalmente. Al fondo había una ventana pequeña, asegurada, también, con postigos de madera cerrados. Se quedó mirándola, redondeando su plan.

Angela subiría en cuanto la llamase, y entraría confiada en ese cuarto de baño. Bien, si entonces la planta, o lo que fuera aquella cosa la atrapara, ese problema, por lo menos quedaría zanjado.

Peto había que abrirle paso a la planta, y cerrar con llave la puerta, tan pronto Angela entrase. Todos creerían que la muchacha había cerrado con llave... por dentro.

Con pasos cautelosos, se aproximó a la ventana. Escuchó, conteniendo el aliento, hasta que percibió el tenue susurro casi

humano de aquella cosa, más allá de los postigos.

Allí estaba, envolviendo la casa, creciendo... Esperando.

Con infinito cuidado, comenzó a descorrer la falleba que aseguraba el postigo. Sería suficiente dejarlo descorrido y salir aprisa. La planta haría el resto, en el intervalo que Angela tardase en subir.

Procuró no hacer ningún ruido, pero el pasador apenas se movía, parecía encajado a presión. Recordó que cuando lo cerrara funcionó perfectamente. Aplicó más fuerza a su intento.

El pasador de la falleba comenzó a ceder, a duras penas.

¿Cómo era posible que se hubiera encajado de ese modo?

Lo comprendió en el instante que lo sacaba, al fin, de su engarce. Lo comprendió y trató de devolverlo a su lugar, sólo que ya era demasiado tarde. El pasador apenas podía correrse, debido a la presión que la planta ejercía contra el postigo.

De modo que cuando el pasador se liberó, la presión hizo saltar el postigo hacia adentro, como empujado por la mano de un gigante.

Hattie Kilwood trató de retroceder, llena de horror. Boqueó, disponiéndose a gritar al ver irrumpir las hojas, y aquellos látigos oscilantes...

Uno de los rizomas se distendió, produciendo un seco chasquido y fue a enroscarse en torno a la garganta de la mujer.

Ella notó cómo se le hundía en la piel, cómo cerraba el paso del aire, cómo la enmudecía...

Se aferró a él con las dos manos, luchando por librarse, con la fuerza suprema de la desesperación y el terror.

No consiguió soltarlo. Era como si luchara contra un cable de acero.

Simultáneamente, otros zarcillos penetraron silbando, como látigos disparados por una mano sumamente experta en su manejo. Se enroscaron a sus antebrazos y tiraron, cortando la ropa, la piel..., la carne, hasta llegar casi al hueso.

Y tiraban de ella, aplastándola contra la pared, junto a la ventana. Todo se volvía turbio para Hattie Kilwood, como envuelto en una niebla rojiza.

Vio acercarse confusamente unas hojas grandes, verdes y brillantes. Iban adoptando un movimiento de vaivén, como grandes péndulos..., como grandes cuchillos de carnicero...

La más próxima rozó levemente sus pechos. Sólo produjo un arañazo, pero del que brotó sangre.

En su siguiente balanceo, la hoja golpeó con fuerza y su aguzado

filo cortó, desgarró y se hundió, más de dos pulgadas, en la blanda masa de sus senos.

Fue tanto, tan infrahumano el dolor, que incluso ahogándose, la mujer emitió un sordo rugido. Sentía que se moría y en esos momentos deseaba morir. Pero deprisa, sin ese horrendo tormento .., sin ese espantoso dolor...

Aún vio una de aquellas hermosas flores abrirse dulcemente ante su cara. Trató de enfocar la mirada. Era azulada, más oscura en el interior de la corola, y despedía un hedor dulzón, penetrante.

La sintió posarse sobre su cara y todo se oscureció.

Y de pronto, la cima del tormento se desencadenó. Fue como si el dolor sufrido hasta entonces no lo hubiera sido, como si, en realidad, hubiera sido una simple caricia comparado con aquel espantoso desgarrón, cuando la flor succionó toda su cara.

Fue como si le arrancaran la carne de un zarpazo, como si comprimieran sus huesos, aplastándolos, para que aquel monstruo pudiera engullirlos...

Cuando los ojos fueron arrancados de sus órbitas por la feroz succión de la planta, Hattie Kilwood murió de dolor y la muerte fue su liberación.

CAPITULO XIII

Angela se impacientaba.

—No comprendo por qué no me llama. Ella ha dicho que lo haría...

Lorena dijo, al fin:

—Aunque te llame, Angela, no subas. No vayas arriba, pues.

—¿Por qué no? Alguien tiene...

Lorena estaba al borde del agotamiento nervioso. Eran demasiadas tensiones en pocos días.

—Hazme caso —insistió—. Ella te odia a muerte.

—¿Qué estás diciendo?

—Ha comprendido que Jack te ama. Y él te quiere, ¿no es verdad?

—Sí..., tu madre debe saberlo perfectamente porque Jack se lo dijo, anoche, a tu padre.

Lorena palideció.

—Ahora comprendo... ¡No vayas con ella cuando te llame, Angela!

—Pero... Bueno, de cualquier modo no parece que me necesite allá arriba.

De pronto, oyeron ruido de pies más allá de la puerta. Volviéndose en redondo, vieron entrar a Jack y a Simón, ocupados en enderezar un largo tubo de cobre.

Simón gruñó:

—Esperemos que funcione.,. ¿Dónde está tu madre, Lorena?

—Arriba —murmuró la muchacha.

—¿Para qué ha subido?

—Quería asegurarse de que todos los postigos estaban bien cerrados.

—Pero si va lo hemos comprobado, por lo menos dos veces.

Lorena le miró desafiante, con la acusación y el desprecio asomándose a sus ojos.

—Mamá ha dicho que llamaría a Angela para que fuera a comprobar, también, algunas de las ventanas, papá. Sólo que tarda mucho en llamaría. ¿Imaginas qué puede estar haciendo? Además, me ha descartado a mí para que la ayudara..., ha elegido a Angela.

Simón se estremeció ante la mirada implacable de su hija. Jack se limitó a pasear la mirada, de una a la otra, sin comprender absolutamente nada.

De pronto, Simón Kilwood emitió un sordo juramento.

—Voy a ver —dijo.

Echó a correr hacia la amplia escalera que, partiendo del vestíbulo, conducía a la planta superior.

Empezó a subir resueltamente. Entonces oyó el crujido y el roce, y se detuvo levantando la cabeza.

En el rellano del piso se agitaba la masa verde de la planta que debía invadir ya el pasillo.

El horror le dejó, unos instantes, paralizado de espanto.

Luego retrocedió a saltos.

—¡Hattie; —aulló—. ¡Oh, no..., Hattie no...!

Se le reprodujo en la mente el sangriento y atroz fin de Herbert y por poco no se desmayó al imaginar a su mujer en la misma situación.

Entonces, atraídos por su grito, aparecieron Jack y las muchachas, con la vieja cocinera cerrando la marcha.

—¡Están arriba! —jadeó enloquecido—. ¡Han atrapado a Hattie... como a Herbert...!

Algunos rizomas oscilaban en lo alto de la escalera, se aferraban al pasamano sólo para soltarlo, acto seguido, y seguir reptando, oscilando, tanteando en busca de otra presa humana.

—¡El gas! —gritó Jack—. Es nuestra única esperanza, señor Kilwood.

—¿Qué piensas hacer con el gas, Jack? —balbuceó Lorena.

—Intentar abrirnos paso. Coged un tronco encendido cada una. ¡Usted también, señor, aprisa!

Corrieron hacia la chimenea precedidas por el descompuesto Simón.

Regresaron con un tizón encendido, cada uno. Jack llevaba el largo tubo a través del vestíbulo hacia la puerta.

Arriba, la planta parecía estacionada allí. No podía extenderse más y sus rizomas se movían con creciente violencia, como impacientes.

La puerta era enorme, de sólido roble. Pero en su parte baja había otra mucho más pequeña utilizada normalmente.

Se detuvieron allí, sobrecogidos de espanto. Dominándose, Jack dispuso:

—Protegeros con la llama de los tizones, porque esa cosa entrará de golpe, en cuanto ceda la puerta. Yo la quemaré y trataré de llegar, con la llama, hasta el tronco. Sólo matando las plantas próximas al portal podremos salir. Si consigo abrir paso, ayudad a esta mujer a cruzar el prado, apenas puede sostenerse.

Se colocaron en semicírculo, apartados unos pasos de la puerta. Jack aproximó el quemador de gas a una antorcha, abrió la espita y le dio todo el paso.

Una llama saltó, rugiendo. Una llama de casi un pie de largo.

—Hemos concentrado tres ramales en este tubo —explicó, esperando—. Así tiene más potencia..., la potencia de un soplete.

Fue hacia la puerta pequeña y con resolución dio vuelta a la llave.

La puerta se abrió bajo el peso de las grandes hojas verdes, que quedaron oscilando en el interior, chorreando agua. El rumor denso de la lluvia penetró con las plantas. Dos o tres largos zarcillos se distendieron, también, hacia adentro.

Jack exclamó:

—En su parte más baja apenas tienen esos rizomas asesinos...

Dirigió la rugiente llama del soplete hacia ellos. Los vio retorcerse y retroceder, pero siguió quemándolos hasta que cayeron, chisporroteando. Luego abrasó las hojas, que crepitaron con secos chasquidos, abarquillándose y desprendiéndose del tallo.

Al fin pudo dirigir la llama hacia el grueso tronco que brotaba de la tierra. Para ello hubo de colocarse en el mismo portal.

Un zarcillo reptante chascó, al enroscarse en su pierna, pero lo cortó, en un instante, con la llama de gas. Luego, volvió a aplicarla a la base vital de la planta, rechinando los dientes.

Contempló cómo el tronco se retorcía y agrietaba. Por las grietas empezó a brotar un líquido oscuro y espeso, semejante a melaza, y que desprendía un olor hediondo.

—¡Vamos, maldita, vamos! —jadeó.

Como obedeciendo a una señal, la planta más próxima a la que estaba siendo abrasada empezó a combarse, inclinándose hacia la puerta. Sus rizomas producían un zumbido continuo en sus incesantes movimientos de tanteo.

—¡Las antorchas, rápido! —gritó Jack.

No apartaba la llama del gas, ni un instante, de aquel tronco que chisporroteaba ruidosamente.

Simón y Angela adelantaron con evidente temor. Sacaron las antorchas por el portal y pasearon las llamas en torno a Jack. Los zarcillos, las hojas, toda la planta se apartó, como huyendo del fuego.

Al fin, el tronco abrasado cedió. La gigantesca planta se desmoronó de golpe, desprendiéndose de la pared, retorciéndose, las hojas palpitando como seres vivos.

Produjo un sordo impacto al desplomarse contra el embarrado suelo del jardín, más allá de la puerta.

Jack movió la llama del soplete alejando los rizomas de la otra.

—¡Ahora, Angela, salid!

Las muchachas agarraron a la cocinera y, casi a rastras, la llevaron hacia la puerta.

—¡No soltéis las antorchas aún, pero corred, corred todo lo que podáis!

Se precipitaron fuera. A su paso, algunos rizomas zumbaron, buscándolas y chasqueando en el aire, contenidos por las llamas.

La cocinera se desplomó, poco más allá. Las dos muchachas, frenéticas, la arrastraron por el barro. La lluvia apagaba ahora las antorchas.

—Ahora usted —dijo Jack—. Corra todo lo que pueda hasta quedar fuera del alcance de esos látigos.

Simón le miró un instante. Algo pasó por sus ojos desorbitados, algo como una sombra de arrepentimiento, quizá, porque ese muchacho, justamente ése, era quien acababa salvando a su hija y a él mismo.

—Tú, Jack —dijo—, yo saldré el último. Soy el dueño de la casa.

—¡No desperdicie el tiempo, señor Kilwood!

—Entonces, los dos juntos, muchacho. Tú ocúpate de quemar la planta por tu lado y yo haré lo mismo en el mío.

—Está bien, pero el tubo no llega más allá de un par de metros fuera de la puerta.

—Entonces, ¿cómo pensabas salir tú solo?

—¡Vamos!

Saltaron fuera, el soplete rugiendo, y Kilwood manejando la antorcha alrededor como un director de orquesta la batuta.

Jack notó que el tubo no daba más de sí y lo soltó, echando a correr como un gamo.

Simón abrasó los zarcillos más próximos. Vio oscilar las hojas y rechinando los dientes las golpeó con el tronco encendido. La lluvia, espesa y fría, apagó la llama.

Maldijo en voz alta al soltar el inútil tizón humeante y se dispuso a correr.

Entonces le atraparon.

Sintió la cortante mordedura de los zarcillos en las piernas, y trastabilló antes de caer dando un grito. Otros zarcillos acudieron como guiados certeramente por una voluntad destructiva y se enroscaron en torno a su cuerpo, a los brazos, el rostro, cortando la carne casi hasta el hueso.

Aulló enloquecido. Toda la planta se inclinó sobre él y las hojas pendulares comenzaron su siniestro vaivén, buscándole para despedazarle.

Cuando la primera le alcanzó emitió un alarido bestial, infrahumano. Luego, su muerte se convirtió en una orgía de sangre.

En mitad de los jardines, Lorena chilló:

—¡Han atrapado a mi padre..., están matándole...!

Jack jadeaba como un fuelle. Se volvió de un salto y oyó otro grito de Simón Kilwood.

Hizo ademán de echar a correr hacia la casa, sólo que Angela le sujetó firmemente.

—¿Crees que podrías salvarlo, Jack?

El pensó en lo que viera en el sótano. Sacudió la cabeza.

—No —musitó—. Nada puede salvarle.

Otros alaridos les llegaron, cada vez más débiles, pero lo bastante agudos aún para que el horror les paralizara, clavados en el barro bajo el aguacero que empapaba sus cuerpos.

Finalmente, los gritos cesaron y sólo se oyó el chapoteo de la lluvia.

—Hemos de alejarnos de aquí —dispuso Jack—. Habrá que volver con gente resuelta y herramientas capaces dé...

Nunca terminó la frase. Una sorda, bronca explosión atronó el aire, al tiempo que una enorme llamarada se alzaba en Kilwood Manor, brotando con rugidos de apocalipsis por las ventanas, alzándose hacia el cielo como un desafío a la densa lluvia.

—¡El gas! —exclamó Jack Kingsey—. ¡Ha explotado!

Lorena barbotó:

—Mejor así..., ojalá lo destruya todo. La casa, esas plantas horribles, los recuerdos..., todo el pasado.

Angela la abrazó.

—Vendrás conmigo, Lorena —murmuró—. No permitiré que estés sola.

Echaron a andar, adentrándose en la oscuridad y la lluvia, dejando atrás el horror y la muerte...

Dejando atrás la lejana maldición de las brujas de Comftock.

FIN



MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.